

The Library
of the
University of North Carolina



Endowed by The Dialectic

Phi

PQ6217

.T44

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



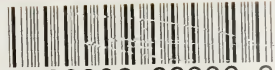
ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
vol. 16
no. 1-14

SF
B40

P06217
.T44
vol 16
no. 1-14



a 00002 33996 3

eKS
FIVE
out on

SERAFÍN y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

La Consulesa

COMEDIA EN DOS ACTOS



5
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1914

LA CONSULESA

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction, réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1914, by S. y J. Álvarez Quintero

SERAFÍN y JOAQUIN
ÁLVAREZ QUINTERO

LA CONSULESA

COMEDIA EN DOS ACTOS

Escrita ex-profeso para Joaquina del Pino y estrenada en el TEATRO LARA
el 11 de Abril de 1914



MADRID
IMPRESA DE REGINO VELASCO

1914

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

FERNANDITA.....	Joaquina del Pino.
BLANCA.....	Catalina Bárcena.
ADORACIÓN.....	Leocadia Alba.
VIRGINIA.....	Mercedes Pardo.
PALOMA.....	María Luisa Moneró.
ALBERTA.....	Eugenia Illescas.
DON PASCUAL.....	Ramón Peña.
FELIPE RIVAS.....	Luis Manrique.
NICOLÁS.....	José Isbert.
NOBLEJAS.....	Salvador Mora.
REALITO.....	Jesús Tordesillas.



ACTO PRIMERO



En Madrid, y en el barrio de Salamanca, viven don Pascual y Fernandita, matrimonio feliz. En un gabinete de confianza de su casa, ni humilde ni rica, pero ordenada y primorosa, se desarrollan los lances de esta comedia. Tiene el gabinete una puerta a la derecha y otra a la izquierda, y un mirador al fondo, en un ángulo, que da a un jardín. Hay en él hasta un par de docenas de macetas con plantas y flores, que cuida Fernandita, y entre las que sobresalen, como gala de aquella improvisada estufa, una camelia y un naranjo.

En las paredes algunos cuadros con vistas de Alfaceque, pueblo natal de la dueña de la casa, y un almanaque.

Es de noche. Las puertas del mirador están cerradas. Ilumina el gabinete una lámpara que es fama que perteneció al salón de lectura de un antiguo casino de Alfaceque.

—

DON PASCUAL aparece sentado leyendo un periódico. Es hombre de cincuenta y tantos años, de aire cervantesco y de enérgica fisonomía, no exenta de bondad. Lee ante un curiosísimo velador, el cual es un acabado trabajo de taracea, debido a las manos y al desprendimiento de cierto presidiario de Alfaceque, que purga sus culpas en Chinchilla. Como se ve, en la casa de nuestros buenos amigos se rinde especialísimo culto al muy noble, muy leal y muy heroico pueblo andaluz que lleva aquel nombre.

Por la puerta de la derecha del actor llega VIRGINIA, linda mo-
cita natural de Alfaceque, a interrumpir la iectura de don Pascual.
Aunque doncella de la casa, se cree reina de unos Juegos florales.
Tiene siempre la sonrisa en los labios.

Virginia. Señorito. ¿Señorito?

Don Pascual. ¿Qué hay?

Virginia. Visita. Un señorito lo busca a usted.

Don Pascual. ¿No te ha dicho su nombre?

Virginia. No se lo he preguntao. Como una no está
acostumbrá a salí a la puerta... Y por lo que toca a é,
en cuanto me ha visto ha perdió el habla. No sé qué
tiene una en er semblante.

Don Pascual. ¡Vaya! ¿Y Alberta?

Virginia. Ahí a la vera está.

Don Pascual. Llámala.

Virginia. Sí, señó. Asomándose a la puerta por donde ha ve-
nido. ¡Alberta! ¡Oye!

Y viene ALBERTA, robusta moza de Castilla, fresca y guapetona.

Alberta. ¿Me llama el señor?

Don Pascual. Sí. Llégate a la puerta a ver quién es;
y si es el mismo joven que vino esta mañana, que pase.

Alberta. Está bien, señor. ¡Sí que me ha caído a mí
una ayuda con esta princesa! Se va.

Virginia. ¿Ve usted? Siempre está con er mismo pío.
Una ¿qué curpa tiene, don Pascuá? ¿Tiene una la curpa
de no habé servido hasta ahora, don Pascuá? ¿Hay
quien nazca sabiendo, don Pascuá?

Don Pascual. Nadie, Virginia, nadie.

Virginia. Sin contá con que entre la hija de Manoli-
to el artífise de Arfaceque, que hase filigranas de pla-
ta, y la hija der señó Atanasio de Talavera de la Reina,
que hase serones, arguna diferencia ha de habé. ¿No es
verdá, señorito? ¿Disparato?

Don Pascual. ¡Quiá! ¡Se puede esculpir lo que dices!

Asoma REALITO en la puerta de la derecha. Es un muchacho,
hijo de un boticario andaluz, que viene a Madrid a colocarse. Em-

butido en su traje nuevo, algo daría porque Dios le abreviara el trance de la visita aquella.

Realito. ¿Hay permizo?

Don Pascual. Adelante.

Realito. Buenas noches.

Don Pascual. Buenas noches.

Virginia. Buenas noches.

Realito. Me alegro de verlo a usted bueno.

Don Pascual. Muchas gracias. ¿Es usted quien ha dejado esta mañana una carta del señor Donoso?

Realito. Zervidó de usted.

Don Pascual. Hágame el favor de sentarse.

Realito. Zí, zeño.

Don Pascual. Virginia, retírate.

Virginia. Ya mismo. Se marcha por la puerta de la derecha sonriéndole al recién llegado.

Don Pascual. ¿De manera que usted viene a Madrid a ver en qué puede emplearse?

Realito. Ezo es. Er pueblo está ca vez peó. Ayí no hago más que perdé er tiempo: emborracharme toás las noches.

Don Pascual. Para eso también hay facilidades en Madrid, no crea usted que no.

Realito. Es claro. Er vino en toas partes es vino. Zólo que aquí es negro... y la borrachera es más triste.

Don Pascual. Ya estoy. Bueno, y usted ¿qué ideas trae? ¿qué plan tiene? ¿En qué puedo yo?... Porque mis influencias son muy pocas. Yo soy el gerente de una fábrica de chocolates; no soy un ministro, como cree mucha gente.

Realito. A mí er zeño Donozo me ha dicho que usted en Madrí tiene mucha mano.

Don Pascual. No lo crea usted. Vamos a ver: ¿usted qué pretende? ¿Qué sabe usted hacer?

Realito. Yo estoy dispuesto a hacé de to. La cuestión es ganá dos pezetas.

Don Pascual. ¿Tiene usted alguna afición preferente?

Realito. Tengo dos manos, como tos los hombres.

Don Pascual. No basta. ¿Ha aprobado alguna carrera?

Realito. No, zeñó. Er bachiyé... y apuraiyo. Carrera ¿pa qué? Ya zabe usté cómo están las carreras.

Don Pascual. Muy malas, sí. Y de letra ¿qué tal anda usted?

Realito. Ni ando ni no ando. No me ha dao nunca por ahí. Escribo pa entenderme. Er que tiene una letra precioza es mi primo Bartolomé.

Don Pascual. Y a máquina ¿sabe usted escribir?

Realito. No, zeñó; tampoco. Bartolomé zí zabe.

Don Pascual. ¿Y francés? ¿Conoce usted algo de francés?

Realito. Ezo quiziera yo. Me puze a aprenderlo y me atasqué a las tres lerciones.

Don Pascual. Pronto fué el atasco.

Realito. Ze me atravezaron los verbos. Y mi padre me dijo: «Chiquiyo, no zeas tonto; apréndelo zin verbos; ¿qué más da?»

Don Pascual. ¿Eso le dijo a usted su padre?

Realito. Zí, zeñó, ezo me dijo. Y yo lo intenté. Pero me costaba más trabajo toavía. Er que lo zabe que da gusto es Bartolomé.

Don Pascual. Que es quien ha debido venir a Madrid a emplearse.

Realito. ¡Bartolomé está en Zeviya muy bien colacao! ¡Una novia tiene más bonita!... Bartolomé ez una de ezas criaturas que nacen de pie.

Don Pascual. Perfectamente. Pues yo le voy a dar a usted dos letras que me hará el favor de entregarle al señor Donoso; y ya procuraré hablar con él del asunto este.

Realito. Zí, zeñó; muchas gracias.

Don Pascual. Encamínase a la puerta de la izquierda, por donde sale su mujer. **Fernandita.**

Fernandita. ¿Qué quieres?

Realito. Buenas noches.

Fernandita. Buenas noches.

Don Pascual. El señor es un recomendado de Bautista Donoso.

Realito. Zervidó.

Fernandita. Tanto gusto...

Don Pascual. Mi mujer.

Realito. A los pies de usted.

Don Pascual. Acompáñalo mientras yo le pongo una carta. Se va.

Fernandita, la compañera de don Pascual, frisa con los cincuenta, y es la bondad y la dulzura personificadas. A veces parece tonta y no lo es. A veces lo parece y lo es. Vió la primera luz, como ya sabemos, en Alfaqueque, para gloria y prez de Alfaqueque, y aun cuando vive en Madrid hace veinte años, diríase por su habla que ha llegado ayer. Tampoco han pasado por ella las modas cortesanías y viste y peina como si estuviera en el pueblo, lo cual le presta a su figura una graciosa y noble originalidad. Su gran pasión en esta vida es Alfaqueque: su rinconcito.

Fernandita. Siéntese usted.

Realito. Con permizo.

Fernandita. Hace fresco esta noche, ¿verdad?

Realito. Hace, hace fresquiyo.

Fernandita. Y ya ve usted: a primeros de Octubre no parece propio... ¿Usted es andaluz?

Realito. Zí, zeñora. ¿Ze me nota en el acento, no?

Fernandita. Se le nota. Yo también nací por allá abajo.

Realito. Tampoco lo pué usted negá.

Fernandita. Ni quiero. Y llevo en Madrid veinte años; pero aunque llevara cincuenta.

Realito. Es naturá. Pos figúreze usted yo, que yegué der pueblo hace tres días.

Fernandita. ¿De dónde viene usted?

Realito. De Arminares.

Fernandita. ¡Hombre! ¡De Alminares! Algunas temporadas pasé yo allí, cuando era pollita. Y conservo una buena amiga en Alminares.

Realito. ¿Quién?

Fernandita. Esperanza Ruiz.

Realito. ¿Esperanza Ruiz? Eza zeñora está emparentá con mi papá. Mi papá es tío de una prima zegunda de eya.

Fernandita. ¡Ajá! ¿Cómo se llama su padre de usted?

Realito. Feliciano Reá; pa zervirla.

Fernandita. ¿Cómo? ¿Usted es hijo de Feliciano Real?

Realito. Zí, zeñora.

Fernandita. ¿El que fué boticario de Alfaqueque?

Realito. Zí, zeñora. Que luego, por cuestiones políticas, ze trasladó a Arminares.

Fernandita. El mismo. Le llamaban... ¿Usted no se ofende?

Realito. No, zeñora; dígalo usted.

Fernandita. Le llamaban *Barriguita*.

Realito. ¡*Barriguita*! Hijo de *Barriguita* zoy yo.

Fernandita. Según eso, usted probablemente habrá nacido en Alfaqueque.

Realito. ¡Cabalito! ¡En er Carmen me echaron el agua! Y ayí me he criaio.

Fernandita. Como si le hubiera tocado la lotería. ¡Es usted de Alfaqueque! ¡Pues somos paisanos!

Realito. ¿Zí?

Fernandita. ¡Yo soy de Alfaqueque también! ¡Yo nací en la casa de las dos fuentes!

Realito. ¿En la caza de las dos fuentes? ¿Entonces usted va a zé...?

Fernandita. Fernanda Osorio.

Realito. ¡Anda! ¡Zi yego yo a zaberlo! Levantándose y dándole la mano con arranque de satisfacción. ¿Cómo está usté?

Fernandita. Bien, ¿y usted?

Realito. ¿Cómo usté? ¡Hábleme usté de tú! ¡Zi yo he jugao en er patio e zu caza! ¡Zi yo he visto ayí la mantanza dos o tres veces! ¡Józú, qué alegría tengo! En efecto, se le nota en todo. Hasta este momento no le ha estado cómoda la ropa. Pero ¿cómo er zeñó Donozo no me arvirtió quién era la zeñora de don Pascuá?

Fernandita. No habrá caído. ¿Y usted cómo se llama?

Realito. ¡Hábleme usté de tú, zeñora!

Fernandita. ¿Y tú cómo te llamas?

Realito. ¿Cómo vi a yamarme? Feliciano Reá. Lo mismo que mi papá ze yama: Feliciano Reá. Y mi abuelo, Feliciano Reá. Y mi bizabuelo, Feliciano Reá. Y mi tatarabuelo, Feliciano Reá. Y toavía creo que hay otro. Y zi yo me cazo y tengo un hijo...

Fernandita. ¡Feliciano *Reá!*

Realito. ¿Pa qué vamos a andá cambiando? A mí to er mundo me dice Realito.

Fernandita. Bueno; hay que convenir en que somos del pueblo más precioso que alumbra el sol.

Realito. ¡Digan lo que quieran los de Arminares!

Fernandita. ¡Qué tiene que ver! Alfaqueque es una copita de plata. Por allí pasó María Santísima derramando flores. ¡Qué casas más blancas! ¡Qué rejas más bonitas! ¡Qué campo más alegre!

Realito. Verdá que zí.

Fernandita. ¡Y qué pan, y qué agua... y qué cielo, y qué todo! Porque decir Alfaqueque es decir la gloria. Hasta las nubes de Alfaquequé me gustan más que las de ninguna parte.

Realito. Oiga usté: ¿y las tortas de armendra? ¡Pa chuparze los deos!

Fernandita. De dulces no se hable. Como aquellas

carguitas de leña y aquellos *seroncitos de cidra*, ni en Utrera ni en Granada los hay.

Realito. ¿Y dónde me deja usted las arropías?

Fernandita. ¿Y los alfajores? ¿Y los *canalitos* de canela?

Realito. Cuénteme usted a mí cómo están. Me comí un día por una apuesta zezenta y ziete, y por poco me muero. ¡Me entró una ardentía que creí que me abrazaba!

Fernandita. Ah, naturalmente... Con esa cantidad... Pues ahí tiene usted... ahí tienes tú: esos dulces de Alfaqeque son en Madrid mis postres. Hay aquí una mujer—también de Alfaqeque—que tiene las mejores manos para imitarlos: Adoración Martínez. Porque yo, viva donde viva, sueño con Alfaqeque, y gozo como nadie recordándolo. El día que una amiga de allí me manda uvas de palma, o *telera*, o palmitos, o higos de tuna, en mi casa lo celebramos como una boda.

Realito. No me lo jure usted.

Fernandita. Mira estos cuadros; todos son vistas de Alfaqeque.

Realito. Es verdá. No había echao yo cuenta. Como entré un poquiyo atolondrao...

Fernandita. Fíjate uno por uno.

Realito. Obedeciéndola complacido. ¡Qué bien zacao está er *Campo Reá!*... ¡Y er *Campiyo!* Aquí nació yo.

Fernandita. ¿Y la *Torre del Moro*?

Realito. También está propia. La caye las *Cruces*. Er *Zantuario*. To Arfaqeque.

Fernandita. Pues en el despacho de mi marido tengo una vista general iluminada.

Realito. ¡Ole! Y diceñ de Madrí. Bueno, a mí Madrí me ha dao un chasco. Yo no lo quiero poné con Arfaqeque; pero quien ha estao ziquiera en Jeré no tiene que azustarze. Totá, es lo que yo le respondo a un madrileño de la caza e huéspedes: Madrí, ¿qué tiene Ma-

dri? Más cazas que Jeré; más torres; más cayes. Y la tontería de las estatuas. De ahí no zale usté. Va usté ar pazeo: más coches; va usté ar Muzeo: más cuadros. Y zan ze acabó.

Fernandita. ¡Ah, no, no! ¡Madrid... Madrid!... A Madrid hay que verlo despacio; ¡pero Alfaquequel...

Por la puerta de la izquierda, y buscando un cestillo de labor que hay sobre un mueble, sale BLANCA, una señorita muy bella, todo suavidad y dulzura.

Blanca. Buenas noches.

Realito. Poniéndose de pie de un brinco. Buenas noches.

Blanca. Siento incomodar... Buscaba mi cestillo por todas partes y estaba aquí. Lo coge y va a marcharse.

Fernandita. Oye, Blanca.

Blanca. Mándeme usted.

Fernandita. Aquí tenemos a un paisano nuestro.

Blanca. ¿Ah, sí? ¿El señor?

Realito. Zervidó de usté. ¿Cómo lo paza usté?

Blanca. Bien, ¿y usté?

Realito. Tan bien; muchas gracias. ¿Ez hija de usté?

Fernandita. No; no es más que amiguita. Yo no tengo hijos.

Realito. ¿De manera que usté es de Arfaqueque?

Blanca. Sí, señor; pero salí de allí tan niña que apenas han podido influir en mí los aires natales. Me he criado en Madrid. La que está de enhorabuena es usted, Fernandita: un paisano... y motivo para hablar de Alfaqueque. ¿A que han salido ya a relucir los alfajores, y el pan, y el agua, y las nubes... y hasta la sombra de los árboles, que allí es más fresca que en ningún sitio?

Fernandita. ¿Ves, Feliciano? Pues así son todos. Se rien de mí por el cariño que le guardo al pueblo.

Blanca. Acariándola. ¡Yo qué he de reírme! A Realito, despidiéndose. He tenido mucho gusto en saludar a usted...

Realito. Er gusto ha zido mío. Feliciano Reá, o Rea-

lito, como ayí me dicen, en Arminares, caye der Pozo, número 4, botica, con permizo de mi papá...

Blanca. Muchas gracias. Hasta luego. Se marcha por donde llegó.

Realito. Confidencialmente. ¿Zabe usté que la paizanita ez una mujé de *mi primo cartelo*? ¿Cómo ze yama?

Fernandita. Blanca Solís. Hija de Josefa Mariño. Sobrina de Frasquita la Fea. Prima de Torremocha, el casado con Paquita Merengue.

Realito. Ah, zí; me acuerdo de zu madre. ¿Vive aquí en Madri?

Fernandita. Aquí vive desde su segundo matrimonio. Enviudó la pobre y volvió a casarse en mala hora, con uno de los hombres más brutos de que hay idea.

Realito. ¿De Arfaqueque?

Fernandita. Indignada. ¡No! ¿Qué va a ser aquel bo-rrico de Alfaqueque? No puede ver a la entenada; la trataba lo mismo que a un perro. La pobre muchacha, deseando libertarse de él, se echó un novio, y eso acabó de hacerle la vida imposible en la casa.

Realito. ¡Vamos!

Fernandita. Hasta que yo intervine, compadecida de la infeliz criatura, y un día, sin pedirle permiso a nadie, la cogí de la mano y me la traje a vivir conmigo. Y aquí estará hasta que se case, que será en Enero.

Realito. Ezo es hacé una buena obra.

Fernandita. El novio no es muy de mi gusto, no pienses; es un asperón. Pero Blanquita dice que se casa con un bandido antes que volver junto a su padraastro.

Realito. Y ze concibe. Zi es tan bruto...

Fernandita. Por esta y por otras condescendencias mías, me dice Pascual que nuestra casa es en Madrid el consulado de Alfaqueque, y que yo soy la consulesa.

Realito. ¡Ay, qué gracia! ¿Y er conzu é?

Fernandita. No. Él dice que éste es un consulado singular; que no hay cónsul, sino consulesa solamente.

Realito. Ezo está bueno.

En el umbral de la puerta de la derecha aparece en esto. DON SALUSTIANO RODRÍGUEZ NOBLEJAS, modesto empleado de Clases Pasivas y la persona más fina del globo.

Noblejas. ¿Se puede pasar?

Fernandita. Pase usted, Noblejas.

Noblejas. Buenas noches.

Realito. Buenas noches.

Noblejas. ¿Molesto?

Fernandita. No, señor.

Noblejas. ¿Cómo sigue usted, doña Fernandita?

Fernandita. Bien, ¿y usted? ¿Y Paloma?

Noblejas. Bien; para servirla. ¿Mi señor don Pascual se conserva bueno?

Fernandita. Perfectamente. En su despacho está.

Noblejas. ¿Seré oportuno llegando allí ahora?

Fernandita. Creo que lo espera a usted.

Noblejas. En ese caso... si usted me autoriza para retirarme...

Fernandita. Sí, señor.

Noblejas. Contando con ello... Señor mío...

Realito. Usté lo paze bien.

Noblejas. Desde la puerta de la izquierda, por donde se va, hace una nueva cortesía. Beso a usted la mano. A los pies de usted, doña Fernandita.

Realito. Alentado por la confianza que le inspira la consulesa. Éste tampoco es de Arfaqueque.

Fernandita. ¡Tampoco! ¡Y por el extremo contrario! No te lo he presentado porque habríamos tenido ofrecimientos para un cuarto de hora. No conozco un hombre más fino. Mi marido dice que en la pila bautismal le dijo al cura: «¿Sería usted tan amable que templase el agua?»

Realito. Riéndose con estrépito. ¡Ja, ja, ja!

Fernandita. Es un infeliz. Está empleado en Clases Pasivas y vive en uno de los cuartos interiores de esta

casa. Pascual suele darle algunos trabajos para que se ayude. Tiene mucha familia. Y una hija también tiene preciosa: bordadora en fino.

Realito. Ze da un aire eze hombre, y yo no podía tenerme de riza mirándolo, a aquer tío de Arfaqueque que pregonaba «zombreros, muebles, libros y los paraguas viejos que vendé.»

Fernandita. Oye: es cierto que lo recuerda. Y ahora que los nombras, ¡vamos, que los pregones de Alfaqueque! ¿En qué tierra los hay más bonitos? Ni en Sevilla misma.

Realito. Como que tienen nombre. ¿Ze acuerda usted de los rábanos y la yerbabuena?

Fernandita. ¿Y el de las azofaifas?

Realito. ¡Ah! ¡er de las azofaifas! Entonándolo a media voz:

¡Verdes, gordas y colorás!...

¡azofaifas!...

¡Azofaifas colorás!...

Fernandita. ¿Y el que echaba la mujer de los alcauciles?

Realito. Zí; Catalina la de Utrera. ¿Y er tío de los melones? Aquer que decía:

¡La confituría me teme!

Fernandita. ¿Y el de las cañas de jazmines? Entonando también el pregón.

¡Jazmines, jazmines blancos;

en mi patio nieva;

en mi patio está nevando!

¡Como la nieve!... ¡los jazmines!...

Realito. ¡Ole! Pos ¿y er de los níperos? Cantando ya sin ningún género de reservas, en alas del entusiasmo patriótico.

¡Buenos níperos.. der Japón!..

DON PASCUAL, que vuelve muy a tiempo con su cartita escrita en la mano, se queda como es de suponer ante aquella revelación inesperada. Realito al verlo se pone muy colorado y Fernandita suelta la risa.

Fernandita. ¿Sabes, Pascual? ¡Es paisano mío! ¡Es de Alfaqueque!

Don Pascual. ¡Ya, ya me lo he figurado! ¡No tiene otra explicación el verlo aquí pregonando nísperos! Él, en cambio, no se imaginaría haber dado en el consulado de su pueblo.

Realito. No, no, zeñó. No está la zuerte pa er que la busca, zino pa er que la encuentra.

Don Pascual. Ea, pues aquí tiene usted la carta que ha de darle al señor Donoso. Yo procuraré verlo mañana, y hablaremos de usted.

Fernandita. Hay que ayudarle en lo que sé pueda, ¿no, Pascual?

Don Pascual. Ahora con más motivo.

Realito. Un poco nervioso. ¡Viva Arfaqueque! Muchísimas gracias. Y me voy, no cierren la puerta.

Don Pascual. Eso no; la abrirían...

Realito. Que usté ziga bueno.

Don Pascual. A sus órdenes.

Realito. A Fernandita. Que usté ziga buena también. Me he alegrao mucho de to esto.

Fernandita. Anda con Dios. Y que vuelvas por aquí cuando quieras con toda confianza.

Realito. Zí, zeñora. Buenas noches. A don Pascual, que lo acompaña. No ze moleste usté.

Don Pascual. ¡No faltaría más! ¡Con un *súbdito* de Alfaqueque! Todos los honores son pocos.

Se va con Realito por la puerta de la derecha.

Fernandita. Riéndose. ¡Cómo se burla mi marido!... Y este Realito, aun con el pelo de la dehesa, parece muy listo y muy despierto. Aguarda complacida a que llegue su esposo para cambiar dulces impresiones.

Vuelve don Pascual.

Don Pascual. Resbaló en la cera del recibimiento y por poco se abre la cabeza.

Fernandita. ¿Sí?

Don Pascual. Y no habría estado mal ver lo que tiene dentro.

Fernandita. No te rías. ¿Se ha hecho algo?

Don Pascual. No. Cambió el color; pero nada más.

Fernandita. Se lo tengo recomendado a Alberta; que no dé tanta cera, por Dios. ¡Dichosas modas! ¡Cuánto no más vale un mosaico bien aljofifado! Dime, Pascual, ¿y vas a colocar a ese muchachito?

Don Pascual. Allá veremos. Difícil es, Fernanda.

Fernandita. ¿Difícil? Pues, ¿y en la fábrica de chocolates? ¿No te podría servir allí?

Don Pascual. ¿Allí? Como no sea para comerse alguna que otra libra... Por los informes que he sacado...

Fernandita. ¿De veras? ¡Qué lástima!

Don Pascual. Pero no te apures; yo procuraré... Ahora, que no está encarnada en ese mozo la gloria nacional que tú sueñas que salga de Alfaqueque.

Fernandita. No importa. Con tal que le busques un destinillo...

Don Pascual. Probaremos a ver si vale para llevar cajas a los almacenes o a la estación.

Fernandita. ¡Qué tonto eres! Ten en cuenta que es un muchacho fino.

Don Pascual. Se tendrá en cuenta. Y me voy a despachar a Noblejas, que ése sí que es fino.

Quando va a marcharse, lo detiene la llegada de VIRGINIA por la puerta de la derecha un tanto alterada, pero risueña siempre.

Virginia. Señorita.

Fernandita. ¿Qué quieres?

Virginia. Regístreme usted.

Fernandita. ¿Cómo?

Virginia. Regístreme usted de arriba abajo, como si fuera una sigarrera. Registre usted mi baú, registre usted mi cama... ¡Regístreme usted!

Fernandita. ¿A qué he de registrarte?

Virginia. ¡Porque en er fregao se ha perdido un tene-

dó de plata, y Arberta y la otra no hasen más que mirarme a mí con malisia! ¡Como si yo me lo hubiera guardao! Y usted comprenderá, señorita, que una, criá entre pendientes y gargantiyas y peinetas de filigrana. no va a mancharse las manos ni la consiensiá por un tenedó. A don Pascual. ¿Disparato?

Don Pascual. Yo no intervengo en el negociado de tenedores.

Fernandita. Ahora verás tú cómo parece.

Virginia. Pero usted no pensará mar de mí. Miste, señorita, que me pongo en cueros aquí mismo.

Fernandita. ¡Calla, simple! ¿Sabré yo a quién tengo en mi casa? ¿Sabré yo quién es tu padre y quién es tu madre?... ¡Por Dios bendito!... Vase decidida por la puerta de la derecha.

Virginia. No es lo malo lo der tenedó, don Pascuá.

Don Pascual. ¿No? Pues ¿qué es lo malo?

Virginia. Miedo me ha entrao de desírselo a la señorita. Y ésta he sido yo. Hágase usted cuenta... ¡Una no está acostumbrá ar servisio! Como si refriera una gracia. Yevaba en las manos er juego de café de china, pa guardarlo en el aparadó, y de pronto se le antoja soná ar reló de cuco, que siempre me impresiona. Doy un repuyo y er juego a tierra.

Don Pascual. ¿Y se ha roto?

Virginia. Se ha hecho peasos, señorito. ¿Usted no ve que di un repuyo?...

Don Pascual. ¡Repuyo el que va a dar la señorita cuando se entere! Mujer, hay que tener cuidado.

Virginia. Don Pascuá, ¡si es que mis manos no están nechas pa yevá chirimbolos de una parte a otra!... ¿Usted no las ve? ¡Si en Arfaqueque me yaman *Manitas de Virgen!*...

Don Pascuai. ¡Ésa ya es una razón de peso! Para sí, En fin: puesto que la consulesa lo quiere... ¡Tributo a la tierra natal, que a mí me cuesta un ojo!

Dentro, hacia la derecha, óyese la voz de Nicolás, que grita.

Nicolás. Buenas noches. ¡Buenas noches he dicho!

Don Pascual. ¡Ea! ¡El novio de Blanca! ¡Pues no están mis nervios para aguantarlo!

Éntrase por la puerta de la izquierda.

Virginia. ¿Es argo serio er señorito este?... Yo, como me acuerdo de mi padre, que siempre tiene una sonrisa pa to er mundo... En eso sargo a é.

Por la puerta de la derecha llega NICOLÁS, mozo madrileño de cuna, agrio como un limón, mitad señorito, mitad chulo. Sobrino predilecto de un comerciante adinerado, sigue una carrera que no acaba nunca, y cree que porque tiene algunas pesetas está autorizado para no tener educación.

Nicolás. Buenas noches.

Virginia. Con una sonrisa digna de su señor padre. Hola, señorito.

Nicolás. ¿Cómo hola? Avisa a la señorita Blanca.

Virginia. ¿Usté también está enfadao? ¡Ay qué genio de hombres!

Nicolás. Niña, niña: ¿a ti quién te da pie pa esas confianzas? Di a la señorita que la espero.

Virginia. ¿Y usté por qué me tutea, vamos a vé: ya que me pide cuentas?

Nicolás. ¡Si te voy a tratar de usía! Empujándola. Vamos, anda ya.

Virginia. Con coquetería. Las manitas en los borsiyos, que no cuesta trabajo.

Márchase ufana por la puerta de la izquierda.

Nicolás. ¡Qué salida! Esa chica es tonta. La he pillao en un ataque de memez.

Mientras llega BLANCA, pasea en silencio, mirando con impaciencia y mal humor hacia la puerta de la izquierda.

Al fin sale la muchachita, cuya aparente dulzura y bello rostro contrastan con la áspera actitud de su prometido.

Blanca. ¡Dichosos los ojos!

Nicolás. ¿Qué pajoles estabas haciendo?

Blanca. Pajoles, ningunos; porque no sé lo que son pajoles.

Nicolás. Ni tiene gracia el chistecito.

Blanca. Estaba escribiéndole a mamá.

Nicolás. A tu madre.

Blanca. Sí; a mamá.

Nicolás. ¡A tu madre!

Blanca. ¿Pues qué digo? A mamá.

Nicolás. ¡No, no; a tu madre! Yo a tu madre no la llamo mamá. Esto hay que establecerlo desde el principio.

Blanca. Riéndose. Bueno, a mi madre; como quieras. Muy hinchadas traes las narices.

Nicolás. Regular. Me he levantao de mala uva. Y acabo de tener en el tranvía la primer bronca.

Blanca. ¿La primera del día? Te habrás levantado muy tarde.

Nicolás. ¿Otro chistecito? ¡Bah!

Blanca. ¿Qué te ha pasado en el tranvía?

Nicolás. Na, chica, na; que es un abuso. ¡Veinticinco paradas de la calle Goya a la calle Lista! ¡Una eternidá pa andar diez metros! Y luego se prohíbe fumar, se prohíbe escupir, se prohíbe bajarse en marcha, se prohíbe hablar con el conductor, conserve usted el billete, tenga usted cuidao con los rateros, beba usted el agua de Solares, lávese usted con jabón de brea... ¿Eso es un tranvía o un presidio?

Blanca. ¡Válgate Dios!

Nicolás. Conque en esto, dos oficialitos, dos niños de estos góticos recién salidos de la Academia, empezaron a reírse de mí. Y yo, que tengo malas pulgas, me encaré con ellos y vino el agarre. Se paró el tranvía, bajamos a la calle enzarzos, y si no llega pronto un guardia, no sé. Porque de mí no se ríe ni el ministro e la Guerra. Total, na. Pero, bueno, el disgusto.

Blanca. También es sino, Nicolás, que has de andar

siempre de discusiones y camorras en los tranvías, con los mangueros, con los que no te dejan la derecha... con todo el mundo.

Nicolás. Porque soy un hombre muy hombre y me gustan las cosas en serio: como debe ser. ¡País de chuflla éste! ¡Bah!

Blanca. Bueno, hombre; tranquilízate. Siéntate un poco, que no paras.

Nicolás. Déjate que se me pase el sofoco. ¿Tú sabes la que he tenido ahora mismo con el portero?

Blanca. ¿También con el portero?

Nicolás. La primer bronca.

Blanca. La segunda, por lo que cuentas.

Nicolás. ¿Ah, sí? Pues a ver si la tercera es contigo, que estás muy graciosa esta noche.

Blanca. A todo hay quien gane.

Nicolás. El porterito, ¿sabes? me ha tomao entre ojos, y como yo no se lo pida no pone el ascensor. Y le voy a dar una queja al amo y le va a costar la portería. Y to porque a una perrita que tiene se le ocurre echarse dentro a dormir y no quié molestarla. ¡Y que no deja pelos en el asiento la perrita! Cepillándose con la mano, furioso. Te digo que...

Blanca. Ea, pues olvídate de todo eso y dedícame a mí un ratito en sana paz. Anda, siéntate. Lo mira con zalamería. Siéntate.

Nicolás. Obedeciéndola un poco a remolque. Haces de mí lo que te da la gana.

Blanca. ¿Cómo está tu tío?

Nicolás. ¡Bah! Como siempre. No hay quien lo resista. Necesito una paciencia, chica... Me da rabia, hombre, pensar en el dinero que tiene y verlo allí esclavo detrás del mostrador. Cuando eso pase a manos mías...

Blanca. Harás tú lo que yo te mande, y te vendrá muy ancho.

Nicolás. ¿De veras?

Blanca. De veras. ¡Ahí es nada! ¡Coger una finquita así cuando falte tu tío! ¡Un comercio tan acreditado!...

Nicolás. Yo pondré al frente una persona de mi confianza; lo que es el hijo de mi madre no se eterniza detrás del mostrador viendo medir varas de tela. Hay que darse buena vida; convéncete.

Blanca. Convencida estoy; pero se debe atender a todo: a gozar de la vida y a cuidar la viña, Nicolás. El ojo del amo...

Nicolás. ¡Bah, bah! Tonterías de tu pueblo.

Blanca. No por nosotros solamente, sino porque hay que mirar al día de mañana... Entre zalamera y ruborosa. Un matrimonio no debe nunca pensar en que toda la vida van a ser dos...

Nicolás. Mira, mira, no empieces con chinitas sobre ese tema, que me pongo nervioso.

Blanca. ¿Qué me cuentas, hombre?

Nicolás. Lo que estás oyendo. No es la primera vez que te lo digo. ¡Los chicos! ¡Los chicos! ¡Pa el gato!

Blanca. ¿Cómo para el gato?

Nicolás. ¡Tú no sabes lo que son chicos, mujer! ¡No me hables! Que los dientes, que los colmillos, que las muelas, que el sarampión, que los empachos... ¡Toa la noche sin pegar un ojo!

Blanca. Me disgusta oírte, Nicolás...

Nicolás. ¿Sí, eh?

Blanca. Sí. No me abochorno de confesarlo... Si me caso, quiero que Dios me dé algún hijo... Nada me ilumina como eso.

Nicolás. ¡Pajoles!

Blanca. ¡Claro que sí! ¿Qué otro fin mejor tiene el matrimonio?

Nicolás. No te las echas de filósofa, tú.

Blanca. No son filosofías.

Nicolás. ¡Filosofías, y sensiblerías, y majaderías! ¡Bah! ¡Apañaos están tos los matrimonios con chicos! Ni

puén ir al paseo, ni puén veranear, ni puén moverse de la casa... Llevan a un niño al teatro, se echa a llorar en la escena más fuerte, y ya se armó la bronca: «¡Fuera! ¡fuera! ¡A la cama! ¡Biberón a ese niño!» El uno que arrea, el otro que reniega del padre... Total: un disgusto por causa e la cría. ¡Pa el gato!

Pasea rezongando. Blanca no puede menos de sonreírse al verlo, y cuando él la mira finge un gran enfado. Por la puerta de la derecha llega FERNANDITA, bien ajena a que se mete en la boca del lobo.

Fernandita. Luego que se da cuenta de la situación. ¿Qué es esto? ¿Ya la tenemos enredada?

Blanca. Por variar.

Nicolás. Ni por variar ni por no variar; porque ésta es mema.

Fernandita. ¡Hombre!

Blanca. Usted está viendo cómo me trata. Salí de Málaga y entré en Malagón.

Nicolás. ¡A mí no me compares tú con nadie!

Fernandita. Pero, bien, ¿qué ha habido? ¿Por qué han reñido ustedes?

Blanca. Pues simplemente porque yo...

Nicolás. ¡No pintes el muñeco a tu gusto!

Blanca. Píntalo tú como se te antoje.

Fernandita. Vamos, hable usted: ¿qué ha sido ello?

Nicolás. Memeces de ésta. Calcule usted que me sale con que se quié casar y tener chicos.

Fernandita. Asombrada. ¡Me parece muy natural!

Blanca. ¡Claro!

Nicolás. ¡Turbiol

Blanca. Y lo digo muy alto, sí, señor: quiero tener hijos cuando me case.

Nicolás. ¡Pues yo no!

Blanca. ¡Pues yo sí!

Fernandita. Pues deben ustedes ponerse de acuerdo.

Blanca. Pues por eso ha sido la pelotera.

Nicolás. ¡No parece sino que no hay matrimonios felices sin chicos!

Fernandita. Ésa es otra cuestión. Sí los hay; pero...

Nicolás. ¡Vaya si los hay! A ver: ¿usté los ha tenido?

Fernandita. Yo, no.

Nicolás. ¡Entonces!

Fernandita. ¿Cómo entonces? Yo no los he tenido... porque... porque Dios no ha querido que los tenga; por lo mismo que no ha nacido usted con buen genio.

Nicolás. No hablemos de mi genio ahora. ¡El caso es que no los tiene usted y que por eso los predica! ¡Pa otros que los aguanten! ¡Los toros se ven muy bien desde la barrera! Que le pregunte ésta a su madre si quíe chicos; que está hecha un fardo.

Blanca. Indignada. Mira, Nicolás, eso no lo paso de ningún modo. A mi madre respétala, lo menos. Y oye y ten presente que las únicas horas felices de su vida se las debe a sus hijos.

Fernandita. Verdad; es verdad.

Blanca. Si mi madre ha sido una mártir, no ha sido por nosotros.

Fernandita. Verdad.

Blanca. Conmovida. La única de sus hijos que no debió nacer soy yo, y así no te hubiera conocido.

Fernandita. Lo mismo. También es verdad.

Nicolás. Ah, ¿también es verdad? La cuestión es que cualquiera tenga la razón menos yo. Las faldas siempre han de estar de acuerdo contra uno. Reparando en Blanca. ¿Lagrimitas ahora? ¡Bah! Me voy a la calle a tomar el fresco.

Blanca. Es lo mejor que haces.

Nicolás. Así se te pasará el soponcio.

Blanca. Y a ti la basca. Buenas noches.

Fernandita. No te vayas así, mujer. Si esto no es más que una nubecilla. ¿Que tú quieres tener hijos?

¿que él no los quiere?... Ya encontrarán ustedes un término medio.

Blanca. Déjeme usted, déjeme usted. Todos los días ha de hacerme llorar. Se aleja por la puerta de la izquierda.

Fernandita. ¿Y usted no la consuela?

Nicolás. Si to eso es mentira: si es pa que yo me acueste preocupao. La conozco yo muy bien a ésta. ¡A mí no! ¡Los pantalones, desde novios! ¿A usted le parece regular decirme esa chica eso de los hijos?

Fernandita. ¿Pues a quién quiere usted que se lo diga, hombre de Dios?

Nicolás. ¡Bah! Me largo porque llevo las de perder.

Sale en esto NOBLEJAS por donde se fué y le falta tiempo para saludar a Nicolás con toda cortesía.

Noblejas. ¡Oh! ¡Mi señor don Nicolás! ¿Sigue usted bueno? Me complazco siempre en ponerme a sus órdenes. ¿Y su señor tío?

Nicolás. ¡Bien, hombre, bien! ¡Y yo lo mismo! ¡Y tos en casa! ¿A qué vienen tantas finuras, si nos vemos veinte veces al día? ¡Hace usted cincuenta reverencias en un ladrillo! Buenas noches. Se va de estampía por la puerta de la derecha.

Fernandita. Muy amable. Este hombre come papel de lija.

Noblejas. Yo estoy absorto.

Fernandita. ¡Vaya un compañerito para un viaje largo!

Noblejas. Francamente, no creo haber dado motivo alguno...

Fernandita. Abstraída. ¡Pobre Blanca!

Noblejas. Es la primera vez en mi vida que...

Fernandita. ¡Hasta qué punto nacen con mala estrella algunas mujeres!

Noblejas. ¿Usted me ordena algo?

Fernandita. Voy a consolar a la pobrecita.

Noblejas. ¿Me ordena usted alguna cosa?

Fernandita. ¡Infeliz muchacha! Tomaré, tomaré cartas en el asunto... Se va por la puerta de la izquierda ensimismada, sin prestarle ninguna atención a Noblejas.

Noblejas. A los pies de usted... A los pies de usted... Queda un instante haciendo cortesías maquinalmente.

ADORACIÓN, que llega por la puerta de la derecha, lo sorprende en tan desinteresado homenaje. Adoración es una señora de mediana edad, exteriormente envejecida por las privaciones y luchas del vivir, pero de espíritu fogoso y entero. Nacida, como Fernandita, en Alfaceque, vive hoy gracias a la protección de su paisana, a quien adora, imitando y vendiendo los famosos dulces de su pueblo, en colaboración con su marido, cesante de Hacienda. Viste humildemente, de mantón y velo, y trae al brazo un canastito con golosinas.

Adoración. ¡Ay! ¡qué bien huele aquí!... A alhusema, a alhusema... ¿Qué hace usted, Salustiano? ¡Da gloria respirar en esta casa!

Noblejas. ¡Adoración! ¡Dulcera insigne! ¿Qué tal vamos viviendo?

Adoración. Se trampea. ¿Y usted?

Noblejas. Lo mismo digo; gracias. ¿Su marido de usted está bueno?

Adoración. Tan bueno; gracias.

Noblejas. ¿Su cuñado, bueno?

Adoración. Sí, señor, sí.

Noblejas. ¿Sus hijos, también buenos?

Adoración. También.

Noblejas. Entre fino y goloso. Los dulces ya sé que están buenos.

Adoración. ¡Vaya si lo están! Tenga usted ahí un rosquete.

Noblejas. No lo decía por tanto.

Adoración. Tenga usted. Y relámase usted de gusto; que de esta horná no se prueban más que en casa de Fernandita Osorio. Cuatro dosenas he dejao ahora mismo en el comedó. Pa eya, pa eya, que es la reina del sielo; pa endursarle los malos tragos que le dan los de-

más. ¡Cómo abusa de eya to er mundo! ¿Se ha enterao usté de la úrtima hasaña de Virginia, la mosita der pan pringao?

Noblejas. No. ¿Cuál ha sido?

Adoración. ¡Añicos que le ha hecho un juego de café presioso, de su bisabuela! ¡Una joya de china, que eya cuidaba con sus sinco sentíos!

Noblejas. ¿Sí?

Adoración. Sí, señó. Y es que esa niña, aunque sea de Arfaqueque, en na se mira más que en el espejo. Y es una *abusona*.

Noblejas. ¿Virginia?

Adoración. Virginia. Y la tendrá que poné en la puerta e la caye. Se cree que ha nasido pa emperatriz. Si se le manda hasé una cama, eya, ¿cómo va a hasé una cama con sus manos de virgen? Si se le manda limpiá er porvo, ¿cuándo va a limpiá er porvo la señorita, con las filigranas que trabaja er papá? Y así siem pre. No hase na, no hase na que usté vea; y cuando hase argo es una catástrofe. ¡Como si fuera eya la única persona que tiene que emplearse en cosas que no estaban én su fe de bautismo!

Noblejas. Cierto, muy cierto, Adoración. Y perdóme la ausencia de esa preciosa jovencita.

Adoración. Aquí estoy yo, que he paseao en coche de dos cabayos y de dos cocheros por er Retiro y por la Casteyana, y ahora me gano la vida hasiendo durses y yevándolos de casa en casa a patita, o en er cabayito de San Fernando: un ratito a pie y otro andando. Y Carreño, a usté le costa que cuando estaba en Hacienda era los pies y las manos de los ministros. ¡No se desía pala bra en er banco asú sin consurtárselo a Carreño! Y desde que me lo dejaron sesante se yeva er santo día batiendo claras y batiendo yemas. ¡Que no es lo que hasía en er ministerio presisamente!

Noblejas. Claro que no.

Adoración. ¡Pa que se ponga moños conmigo esa madamita!... Por supuesto, er Seño me perdone; pero pa mí que *rabia*.

Noblejas. ¿Qué?

Adoración. Que *rabia*, que *rabia*. Más tarde o más temprano, *rabia*.

Noblejas. No entiendo.

Adoración. Sí; porque *rabió* la hermana Pilá, y *rabió* la prima, y *rabió* la otra prima, y *rabió* la cuñá... y ésta *rabia*. ¡Vaya si *rabia* ésta! Toas las especias tiene pa *rabiá*.

Noblejas. ¿A qué le llama usted *rabiar*, Adoración, y tener todas las especias?

Adoración. Seño, es muy sensiyo: a no í por er camino derecho en la vida... ¡A escarriarse!

Noblejas. ¡Ah... sí! ¿Y todas esas que ha nombrado usted *rabiaron* en la propia familia?

Adoración. Todas. ¡Pa que ésta se libre! Ya sabe usted er refrán. Como que la madre se la ha endosao a Fernandita, abusando de eya, con el achaque de que la enseñe a serví, pa que *rabie* aquí y no *rabie* en er pueblo.

Noblejas. Pues es un regalo.

Adoración. Pos usted lo verá. Abusan, abusan de esta santa. Y yo me vuelo. Ya ve usted esta mesa: uno de Arfaqueque, que veranea en er presidio de Chinchiya, se la ha mandao. ¡Buscando los diez duros! Y Fernandita, basta que sea de Arfaqueque, pa que se le deshaiga er corasón. ¡Está bendita! ¡está bendita! Me siego hablando de eya.

Noblejas. No dice usted sino la verdad.

Adoración. ¿Usted no ve que en mi casa no farta er pan desde que tropesé en Madrid con Fernandita Osorio? El agua de la casa de las dos fuentes, donde eya nació, es agua bendita. Su marido era un hombre como hay mí; se casó con eya, y es un santo. Está bendita, está bendita.

Noblejas. Así lo estimo yo igualmente, y le pido a Dios todos los días salud para ella, cuyos pies beso.

Adoración. ¡Es la providencia de los de Arfaqueque!

Noblejas. Y de los de Pancorbo, cuyo soy.

Adoración. ¿Dónde me deja usted la manera que tiene de hasé las cosas? Su mano izquierda no se entera de lo que da con la derecha. Oiga usted: días pasaos vino aquí Carreño a que don Pascuá le pusiera er cono-simiento en una letra der Giro mutuo. Salió a la caye y notó que no le encajaba bien er sombrero; pero no hiso caso. Yegó a casa... ¿y qué cree usted que fué? ¡Que Fernandita le había metido en la badana cinco duros!

Noblejas. ¿En plata?

Adoración. ¡Quite usted, por Dios! ¡En un biyetel! ¡Y cómo cayeron aquer día! Agua de Mayo, agua de Mayo...

Noblejas, con toda la delicadeza de que es capaz, hurga disimuladamente la badana de su sombrero, por si acaso.

Noblejas. ¡Bonita acción, bonita, muy bonita!... Pero ¿de qué amaño pudo valerse la señora?...

Adoración. ¿No ve usted que Carreño deja siempre su sombreriyo en er perchero?

Noblejas. Penetrando en el porvenir. ¡Yaaa!...

Adoración. Bueno, eya no sale. Voy adentro a bus carla. A desirle adiós; a darle cuatro besos en esa cara de santa que tiene. Quéese usted con Dios, amigo Noblejas.

Noblejas. Vaya usted con Dios, Adoración.

Adoración. ¡Yo no duermo tranquila si no le doy a Fernandita cuatro besos! Topándose con DON PASCUAL, que sale por la puerta de la izquierda cuando ella va a irse. Don Pascuá, don Pascuá, no me mire usted con ese entresejo: voy a despedirme de Fernandita. ¡La adoro, la adoro! ¡Es una santa, una santa! ¡Esta casa es una capiyal! ¡Esta casa es un templo! Vase radiante de entusiasmo.

Don Pascual. ¡Bah! Siguen los tipos y costumbres de Alfaqueque. ¿Y usted qué hace aquí todavía?

Noblejas. Sentiría haber incurrido en el enojo...

Don Pascual. No, no, por Dios; no es eso, Salustiano.

Noblejas. Encontré a mi pasó a Adoración...

Don Pascual. Bueno; bien...

Noblejas. Y como de su boca no salen nunca sino loas y...

Don Pascual. Basta de loas, Noblejas. Hasta mañana.

Noblejas. Si Dios es servido. Porque si Dios no fue-
re servido...

Don Pascual. ¿Cumplidos también con el Padre
Eterno? Hasta mañana.

Noblejas. Hasta mañana. ¿Tiene usted algo que
mandarme?

Don Pascual. Sí, señor; que no me lo pregunte us-
ted otra vez antes de irse.

Noblejas. Sonriendo. Será usted complacido. A los
pies de doña Fernandita. Desde la puerta de la derecha. Ser-
vir a usted. Vase.

Don Pascual. ¡Prefiero los dulces de la otra!

Vuelve por la puerta de la izquierda FERNANDITA.

Fernandita. ¡Jesús!

Don Pascual. ¿Te ha dado ya Adoración los cuatro
besos?

Fernandita. ¿Cuatro? ¡Cuatro mil! Y eso que no es-
toy para zalamerías. Ya le he dicho que me deje en paz
esta noche.

Don Pascual. Pues ¿qué tienes?

Fernandita. ¿Qué he de tener? Lo diario desde que
Blanca vive con nosotros.

Don Pascual. Sí; ya oí antes a ese mocito. Hasta mi
despacho llegaron las voces. El canto de un duro me
faltó para salir y pegarle una bofetada.

Fernandita. ¡No, por Dios, Pascual!

Don Pascual. Tú no sabes hasta dónde estoy del tal
Alcaparrón.

Fernandita. No le llames *Alcaparrón*, Pascual, que vamos a tener un disgusto.

Don Pascual. *Alcaparrón* me ha dicho su propia novia que le llamaban en la Universidad. Y ella, cuando se desahoga con nosotros, *Alcaparrón* le llama. ¡Y *Alcaparrón* es para mí, por lo mal que me sienta!

Fernandita. Cuando tú la tomas con alguien...

Don Pascual. Comprende, mujer, que es imposible tolerar en calma uno y otro día que semejante mono le diga tantas insolencias a una muchacha recogida aquí.

Fernandita. ¡Y con la voz que tiene!

Don Pascual. ¡Y en nuestra casa, donde nunca ha sonado una palabra más alta que otra! ¿De qué se ha enamorado esa niña?

Fernandita. ¿Enamorarse? De nada, Pascual. Tú lo presumes; tú lo sospechas, como yo. Blanca vió en el novio, fuese el que fuese, la libertad, mejor dicho la huida de su casa, que era el purgatorio en la vida. Y ha tenido la pobre la mala fortuna de tropezar con otro salvaje. Ella, tan buena, tan linda, tan simpática, tan suave, tan humilde...

Don Pascual. ¡De Alfaqueque, en una palabra!

Fernandita. No te burles ahora. Me preocupa mucho la suerte de nuestra amiguita... Si yo fuera su madre...

Don Pascual. No tanto, Fernandita: ya eres bastante siendo quien eres para ella. Déjate estar, déjate estar. Es imposible llevar parte con el corazón en todas las vidas ajenas. Apenas somos quién para poder encauzar las propias. Aquí no hay más que lamentar la mala suerte de la criatura y que pedirle a Dios, o a la Virgen de las Medallas de Alfaqueque, si te gusta más, que vea claro en el porvenir que la aguarda; y tocante a él, advertirle que entre la plaza de la Cebada y esta casa hay una diferencia profunda.

Fernandita. ¡Ay, Dios santo!

Viene ALBERTA muy azorada por la puerta de la derecha.

Alberta. Señora.

Fernandita. ¿Qué quieres?

Alberta. Ahí hay un señorito que está empeñado en ver a usted.

Fernandita. ¿A mí? ¿A estas horas? Yo a estas horas no recibo más que telegramas. ¿Quién es; no lo conoces?

Don Pascual. Sea quien sea; dile que la señora ya está recogida.

Alberta. Se lo he dicho, señor; pero se ha puesto en que pase recado; que de ningún modo se va sin verla.

Don Pascual. ¡Me gusta!

Alberta. Parece enfermo; tiembla mucho al hablar; está pálido...

Fernandita. ¡Cosa más extraña! Pídele su tarjeta... O si no, que te diga su nombre.

Alberta. Bien, señora. Se va.

Don Pascual. Son ganas de que te den un disgusto antes de acostarte... ¡Que vuelva mañana el que sea!

Fernandita. Hombre, es que... ¡quién sabe! Me ha asaltado de pronto el temor... Y ya has oído a Alberta: dice que cree que viene enfermo...

Don Pascual. ¡Pues que vaya a la Casa de Socorro!

Fernandita. Sí; eso sí...

De improviso se presenta FELIPE RIVAS, seguido de ALBERTA y en la traza que ella lo ha descrito: pálido y tembloroso. Viene de capa. No hay más que verlo para pensar que padece una grave tribulación. Es joven, de simpática fisonomía, largos y finos bigotes y revuelto y abundante cabello. Apenas divisa a Fernandita se abalanza a ella y, rodilla en tierra, le besa las manos. El susto que se lleva la consulesa no le sale del cuerpo en cinco minutos.

Felipe. ¡Señora!

Fernandita. ¿Eh? ¿Qué es esto?

Don Pascual. ¿Quién?

Felipe. Levantándose. Señora: míreme fijamente.

Fernandita. Reconociéndolo tras leve duda. ¡Felipe! ¿Tú?

Felipe. Yo, Fernanda; yo mismo.

Fernandita. ¡Jesús! ¡Quién te conoce! ¿Quién había de pensar?... Hoy mismo he tenido carta de tu madre. Pero ¿cómo vienes así?... ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Qué es esto?

Felipe. Ahora lo sabrá usted.

Fernandita. Márchate, Alberta. Ésta obedece. Pascual.

Felipe. ¡Ah, caballero!...

Fernandita. Presentándolos. Mi marido. Felipe Rivas.

Don Pascual. ¿De Alfaqueque?

Fernandita. De Alfaqueque, sí. Hijo de Carlota Portillo, esa amiga mía que me escribe las cartas tan largas. En la de hoy, por cierto, se lamenta de que no conoce tu paradero.

Felipe. ¡Mi paradero! ¡Ojalá no lo sepa nadie a estas horas, Fernanda!

Don Pascual. ¿Eh?

Fernandita. Pues ¿qué has hecho? ¿Alguna locura? Siempre fuiste un *coscorobito*. ¿Qué te ocurre, Felipe? Di.

Felipe. Mis primeras palabras han de ser para pedir perdón.

Don Pascual. ¿Perdón por qué?

Felipe. Perdón mil veces, por la manera como llego a esta casa; por la forma en que me presento a usted... a ustedes... Y luego de alcanzar ese perdón, sólo suplico que me consientan pasar aquí la noche.

Fernandita. ¿Aquí? ¿En casa?

Don Pascual. ¿La noche aquí?

Felipe. Sí; en cualquier parte. En una butaca, en un sofá; tendido en un pasillo...

Don Pascual. Ah, no, no, señor; eso no.

Fernandita. Naturalmente; te arreglaríamos una cama.

Don Pascual. ¿Estás en tu juicio? No me has enten-

dido, Fernandita. ¿Cómo vamos nosotros a recoger en nuestra casa a quien llega a ella así, y suspirando por que se ignore su paradero? ¿Qué sabemos nosotros lo que nos expónemos a encubrir y amparar?

Felipe. Yo le juro a usted por mi honor, señor mío...

Don Pascual. No me jure usted nada.

Fernandita. Lo que has de hacer es decirnos por qué te escondes, por qué huyes.

Felipe. ¡No lo puedo decir!

Fernandita. De dónde vienes, a lo menos.

Felipe. ¡No lo puedo decir!

Don Pascual. En ese caso no extrañe usted que yo me niegue...

Felipe. Fernandita, interceda usted; ¡por mi madre!

Fernandita. ¡Por tu madre!

Don Pascual. Es inútil; no invoque...

Felipe. ¡Por mis hijos!

Fernandita. ¿Por tus hijos?

Felipe. ¡Por la Virgen de las Medallas de Alfaceque!

Fernandita. Pascual... Pascualito... ¿oyes esto?

Don Pascual. Oigo, sí; pero como si nada oyera. Todos los santos de la corte celestial no bastan a ablandarme. Que diga por qué se esconde, por qué huye, y entonces veremos si en algo se le puede aliviar.

Felipe. Con aire abatido. ¡Ay, me falló la última esperanza!...

Fernandita. ¿Qué tienes, Felipe?

Felipe. Nada... no... No es nada... un mareo... Son ya muchas horas de zozobras, de cansancio; me rinde la fatiga...

Fernandita. ¡Felipe!

Felipe. No es nada, no... Déjase caer como desvanecido en una butaca.

Fernandita. Sí, sí; parece que se pone malo...

Don Pascual. ¿Ha perdido el sentido?

Fernandita. ¡No me lo digas!... ¡Felipe! ¡Felipe! ¡Pues sí, sí ha perdido el sentido; Pascual, ha perdido el sentido!

Don Pascual. ¡Bueno, mujer; no vayas tú también a perderlo! Esto no será nada... Llamando. ¡Alberta! ¡Virginia!

Fernandita. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué le pasará a este muchacho?

Don Pascual. Nada; no te apures; no le pasa nada absolutamente. A Alberta, que asoma en la puerta de la derecha. Trae corriendo un vaso de agua. Le refrescaremos la cara con unas gotas. Desabróchale el cuello; que respire sin dificultad... Y hazle un poco de aire...

Fernandita. ¡Felipe! ¡Felipe! ¡Hijo mío!... Menos mal que le ha ocurrido aquí.

Don Pascual. ¿Menos mal?

Llega VIRGINIA por la puerta de la izquierda.

Virginia. ¿Yamaban los señores? Reparando en Felipe y siempre sonriendo. ¡Ay! ¿qué es esto? ¿Un ladrón?

Fernandita. ¡Calla!

Viene ALBERTA con el vaso de agua. Entre don Pascual y Fernandita le rocían la cara a Felipe.

Alberta. El agua, señor.

Fernandita. Dame.

Don Pascual. Volverá en seguida.

Virginia. ¿Voy por ete? Yo en mi tocadó tengo un tarrito.

Don Pascual. No, no hará falta.

Fernandita. Parece que ya va volviendo.

Don Pascual. Ha sido un síncope levisimo. Acude también BLANCA, que viene por la puerta de la izquierda.

Blanca. ¿Sucede algo? ¿Eh? ¿Quién es este hombre?

Fernandita. Un amigo nuestro... Luego te contaré...

Blanca. Está muy pálido. ¿Tiene pulso?

Don Pascual. Sí, sí; no es nada, no...

Fernandita. A don Pascual en tono suplicante. Pascual: se trata del hijo único de una amiga que siempre ha sido para mí como hermana... Sea cualquiera su apuro, su desgracia, yo deseo que lo amparemos esta noche; que no pueda nunca mi amiga dolerse de que yo no le haya tendido a su hijo una mano cuando vino angustiosamente a pedirla.

Don Pascual. Resignado. ¡Todo sea por Dios... y por la Virgen de las Medallas de Alfaqueque!

Fernandita. Ella te lo pagará, Pascualito. ¡Qué bueno eres!

Don Pascual. Qué bueno me haces tú.

Blanca. Ya, ya se recobra.

Virginia. Sí; ya vuelve en *sigo*.

Fernandita. Felipe...

El desventurado Felipe abre los ojos y se encuentra primero con la cara serrana de Alberta, que no es despreciable; luego con la linda y sonriente de Virginia, que tampoco es moco de pavo, y después con la interesante y poética de Blanca, no menos a propósito que las otras dos para alegrarse de volver a la vida. Ante esta gradación de rostros, espontáneamente le sube a los labios esta significativa interrogación:

Felipe. ¿Dónde estoy?

Fernandita. Conmigo; con nosotros..

Don Pascual. Con sorna. ¡En el consulado de Alfaqueque!

Los ojos de Felipe se recrean en las tres caras nuevas, y al fin se posan con gratitud en la de Fernandita, cuya nunca discutida belleza parece aumentada por el resplandor de su bondad inagotable. Cae el telón.



ACTO SEGUNDO

Estamos en el mismo gabinete del primer acto, veinte días después.

Es por la mañana. Las puertas del mirador aparecen abiertas, dejando ver las plantas y flores que en él hay. La pared se ha enriquecido con un vistoso cuadro al óleo que no conocíamos, y cuyo asunto en nada se relaciona con Alfaqueque. «Rara avis.»

—

NOBLEJAS, en traje dominguero, y su hija PALOMA, de veinticinco alfileres también, esperan a la dueña de la casa.

Paloma es madrileña neta; de buen ver; con dos ojos de terciopelo fino, como todo en esta familia. Habla con presuntuosa afectación.

Sale por la puerta de la izquierda ALBERTA y se marcha por la de la derecha, diciendo al pasar:

Alberta. En seguida viene la señora.

Noblejas. Bien: gracias. silencio. Palomita, ¿has visto el mirador, qué encanto?

Paloma. ¡Una preciosidaz! ¡Hasta un naranjo tiene! que eso en Madriz no es cosa fácil.

Noblejas. Tales manos lo cuidan. Aquí sale ella.

Paloma. Papaíto, que tomes la palabra tú: que otra cosa no me parece de buen efzto.

Por la puerta de la izquierda llega FERNANDITA, de velo, ataviada como para ir a la iglesia.

Fernandita. Buenos días, Paloma. ¿Cómo estás?

Paloma. Bien, señora; para servirla. ¿Y usted?

Fernandita. Yo, buena; gracias.

Paloma. ¿Y el señor don Pascual?

Fernandita. Tirando, como él dice. Ahora vendrá, para ir conmigo a misa. ¿Qué hay, Noblejas?

Noblejas. Que celebro en el alma que usted esté buena y que mi digno jefe vaya tirando. Quiero decir...

Fernandita. Ya, sí; entendido. Oye, Palomita: ¿y el mantel?

Noblejas. El mantel...

Paloma. El mantel estará listo el sábado. El domingo podrá salir faturado para Alfaqueque en gran velocidad, y lucir por lo tanto en el altar de la Virgen el día de la fiesta. La palabra es palabra. Mis manos no harán primores cuando bordan, pero mi conciencia tiene formalidad.

Fernandita. Dios te lo pague, hija de mi alma. Y, vamos a ver: ¿qué visita, qué comisión es ésta? Siéntense ustedes.

Noblejas. ¿No va a la iglesia la señora?

Fernandita. Así que venga mi marido. Aún nos queda tiempo de hablar. ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que tiene esta fea que decirme?

Silencio embarazoso. Hija y padre se miran turbados.

Paloma. Habla tú, papáito.

Noblejas. Con la venia de nuestra amable protectora.

Fernandita. Vamos a ver.

Noblejas. ¿Está habitado?...

Paloma. Quitándole súbitamente la palabra al autor de sus días, como siempre que se la concede. No preguntes si está habitado, porque de más te costa que sí. El gabinete de este cuarto de usted que da al patio de los interiores está habitado. ¿Por quién está habitado? Eso es lo que tienes que preguntar.

Noblejas. Efectivamente.

Paloma. Ni eso tampoco; porque también te costa que quien lo habita es un caballero y te costa su nombre. Sobran los arrodeos, papaíto.

Noblejas. Lo que sobra es la a de los arrodeos, Paloma.

Fernandita. Con sorpresa y disgusto. Pero... cómo... ¿ustedes conocen... ustedes saben que en ese gabinete de mi casa...?

Paloma. Sí, señora. ¿Qué de particular tiene?

Fernandita. ¡Válgame Dios!

Noblejas. ¿Le contraría a la señora?

Fernandita. ¡Mucho!

Noblejas. ¿Qué te dije, niña?

Paloma. Papaíto, este paso lo teníamos que dar, me dijeras lo que me dijeras.

Noblejas. El caso es, doña Fernandita, que ese caballero que hace unos días vive en el gabinete, parece ser que se ha fijado...

Paloma. ¿Le llamas fijarse a lo que ha hecho, papá?

Fernandita. ¿Eh? ¿Pues qué ha hecho?

Paloma. ¡Escribirme tres cartas consecutivas!

Fernandita. ¿Tres cartas te ha escrito?

Paloma. ¡Consecutivas!

Noblejas. Las cuales ha enviado a manos suyas...

Paloma. Por los cordeles del tendedero de la ropa. Me ha mandado además por el mismo conduzto unos versos preciosos que me he aprendido de memoria y que le puedo decir a usted; me ha mandado también unas flores... y me ha hecho algunos signos de inteligencia... Con que creo, señora, que todo esto es un poco más que fijarse...

Fernandita. Reflexionando. Signos de inteligencia... flores... versos... tres cartas... ¿Y tú?

Paloma. Yo...

Noblejas. Ésta...

Paloma. Yo... Habla tú, papaíto.

Noblejas. Ésta no ha querido en modo alguno...

Paloma. Yo no he querido naturalmente admitir relaciones sin consultar primero con usted.

Fernandita. Muy bien hecho.

Noblejas. Sí; porque usted puede informarla...

Paloma. Usted puede informarme... Papá ni sospechaba que viviera en la casa tal huéspes.

Fernandita. ¡Claro, señor! Como que esto es una locura... una imprudencia... Él es un caballero—eso sí—pero está aquí escondido. Con el mayor misterio. Sufre graves persecuciones... no se puede descubrir todavía... ¡Por Dios y la Virgen, yo les suplico a ustedes la reserva más grande; el secreto más absoluto! A las criadas de casa las hemos amenazado con la cárcel si por ellas se averigua algo.

Noblejas. Impresionado. Ah, pues por mí...

Paloma. Lo mismo. Y por mí...

Noblejas. De tu madre es de quien yo no fio...

Fernandita. ¡Pues hay que coserle la boca!

Noblejas. Acaso no baste.

Paloma. Ya arreglaremos eso. Dice usted que él...

Fernandita. Él es un caballero cumplidísimo. Un caballero que ahora tiene que ocultarse como un malhechor.

Paloma. ¡Jesús!

Fernandita. Las causas... ni nosotros mismos las sabemos aún, porque media un juramento de honor. Pero es un caballero: yo lo fio. Y un héroe. Y un poeta. ¡Un gran poeta! A sus versos les llama *sus hijos*... ¡Qué ternura! Emocionada. Es de Alfaceque. ¡Tendrá una calle en Alfaceque!

Paloma. ¿Una calle?

Fernandita. ¡Y una lápida en la casa donde ha nacido!

Paloma. ¡Ah!...

Fernandita. ¡Y vaya usted a saber si una estatua!

Noblejas ¡Oh!...

Fernandita. Pero, callemos, no venga mi marido. Pascual no ve estas cosas por los mismos cristales que yo.

Noblejas. ¿Es posible?

Fernandita. Desgraciadamente. ¡Me cuesta una de discusiones!...

Paloma. Ustez comprenderá que cuando yo he querido informarme...

Fernandita. Inquieta. Sí, sí...

Paloma. Una es pobre, pero es honrada. No porque una tenga un oficio, ¿me entiende ustez?...

Fernandita. Ya, ya.

Paloma. La reputación de las mujeres no es como los puños de goma que usa papá, que se lavan y se estrenan. La reputación de las mujeres, una vez manchada...

Fernandita. Bien. No quiero que Pascual sepa esto, por ahora. Ya nos entenderemos nosotros. Ustedes han venido a hablar conmigo del mantel de la Virgen. Lo prudente será que se vayan antes que salga él.

Noblejas. Siempre a su devoción, doña Fernandita.

Paloma. Lo que ustez nos mande. ¿Vamos, papá?

Fernandita. Sí, es lo mejor.

Paloma. ¿Y tu sombrero?

Noblejas. Ruborizándose. En el perchero lo he dejado.

Fernandita. Hasta luego... o hasta mañana.

Paloma. Quede ustez con Dios... y gracias por esto y por todo cuanto ustez haga en el asunto.

Noblejas. Señora ..

Paloma Yéndose por la puerta de la derecha con su padre. ¡Lo que es la suerte! ¡Un caballero... un poeta... una calle... una estatua...!

Fernandita. Después de una pausa llena de pensamientos. ¡Virgen de las Medallas! Pero ¿es posible todo esto? ¡Qué

chiquillo! ¡Qué *coscorobito!* ¡Qué loco! ¡Claro! Como Palomita es tan mona, la ha visto desde lejos y se ha interesado por ella... ¡Cuando la oiga hablar! No quiero pensar en el *efecto* que va a hacerle.

Sale VIRGINIA por la puerta de la derecha, mirándose encantada las uñas.

Virginia. ¡Vaya unos espejitos que me he puesto! Pero se me están yenando de *embustes*. Observando la presencia de la señora. ¡Ay! ¿Todavía está usted aquí? Hoy no arcasan ustedes la misa.

Fernandita. Hija, no sé lo que le sucederá a mi marido. El domingo que viene oigo yo la de las ocho con Blanca.

Virginia. A mí me gustaría la de la una, en San José.

Fernandita. ¡O la de Palacio! ¿Y Realito, no ha venido aún a desayunarse?

Virginia. No; pero está ar caé.

Sale por la puerta de la izquierda DON PASCUAL, dispuesto para acompañar a la iglesia a su ilustre consorte.

Don Pascual. Listos.

Fernandita. Ya era hora, señor. Luego criticáis de nosotras.

Virginia. Eso, eso que usted dise.

Don Pascual. Algunos días me cuesta el nudo de la corbata mucho más trabajo que un arqueo.

Virginia. ¡Ay qué grasioso! ¿Y qué es un arqueo?

Fernandita. ¿A ti qué te importa? Vamos ya.

Don Pascual. Vamos. ¿Qué traían Palomita y Noblejas?

≡ **Fernandita.** Nada... Noticias sobre el mantel de la Virgen.

Don Pascual. ¿De veras?

Fernandita. Sí. ¿Qué? ¿No me crees?

Don Pascual. No.

Virginia. Bajando la voz. Digo yo que er señorito pri-

sionero se va a condená; ¡porque yeva tres domingos sin misa!

Don Pascual. No; no se condena. Y si se condena, como lo dejen hablar, lo absuelven.

Fernandita. ¡Qué manía le tienes al pobre muchacho!

Don Pascual. ¡Saldrás con las manos en la cabeza! ¡La historia se repite!

Fernandita. Anda, vamos ya. •

Se marchan por la puerta de la derecha. Virginia los ve irse, espera un momento, y luego se encamina hacia la de la izquierda con aire triunfador. La voz de REALITO, que se oye dentro, hacia la derecha, la detiene, contrariándola.

Realito. ¡Buenos días! ¡Hasta luego! ¡Gracias!

Virginia. ¡Realito ahora! Yo que pensaba aprovecharme...

Sale REALITO por la puerta de la derecha.

Realito. Hola, terrón de azuca. Buenos días.

Virginia. Buenos días.

Realito. Zudando vengo. Hace caló en la caye esta mañana. Y aquí.

Virginia. Como que er mes de Ortubre es un encanto. A mí, Mayo y Ortubre. Y Abrí también. Y argo de Febreriyo er loco. ¿Has oído ya misa?

Realito. ¡Cuatro na más! ¡Estoy tan aburrió!... En una igelesia me entro, en otra me zargo, azí yevo toa la mañana.

Virginia. Ar sielo vas a í derecho cuando te mueras.

Realito. No lo creas; porque me aprovecho de las buyas. Ven acá tú, merengue.

Virginia. Déjate está, que [aquí no hay buya. ¿No vas a tomá er chocolate?

Realito. ¡No que no! En cuantito me refresque un poco.

Virginia. Me han dicho que te vuerves ar pueblo.

Realito. ¿Y qué quiés que le haga? ¡No me zale nin-

guna colocación, y yevo en Madrí más e veinte días gastando zuélas!... De manera que Fernandita va a procurarme un biyete de ezos de Don Fulano de Tá y perzona que lo acompañe a mitá de precio... ¡y adiós, Madrí, que te queas zin gente! ¡Ar pueblo a vegetá!

Virginia. ¡Adoquines sacaba yo con los dientes antes de irme ar pueblo!

Realito. Mirándola embelesado. ¡Quién fuea un adoquín! ¿No te gusta er pueblo?

Virginia. ¡Vamos, hombre! ¿Tú sabes er porvení que a mí me esperaba en er pueblo? Casarme con un animá de tu pinta, cargarme de chiquiyos, fregá, lavá, planchá... Quitá, quitá... ¡Han visto ya mis ojos muchas yantas de goma en er Paseo de la Casteyana! ¿Dispara-to? Er corasón me dise que en Madrí está mi suerte.

Realito. ¿Hay pájaro en er nío?

Virginia. No lo deja de habé... ¡Y qué pájaro!... Lo naturá, señó, lo naturá... ¿Es que va a nasé una como Dios la ha hecho pa corré la suerte der montón? ¿Es que el oro y er cobre van a sé lo mismo? Y punto en boca, que estoy amenasá con la carse... Pero, en fin, disen de las novelas... Sí, sí; las novelas... Carcula tú... Cáyate, Virginia. Carcula tú, Realito... Que te cayes, Virginia. Güeno, si vas a Arfaqueque y ves a mí mamá, le dises de mi parte que no pierdo er tiempo. Y que va a habé muchos dientes largos. Porque... Cáyate, Virginia.

Realito. Iguá tiene que te cayes como que no te cayes. ¡Me estás hablando en ruzo! Y dime, dime: ar tanto e las novelas: ¿qué me ha contaó la madre de Paloma de no zé qué zeñorito que está de huespe en esta caza?

Virginia. Sorprendida y tratando de disimular. Chiquiyo, tú te has vuelto loco.

Realito. ¡Lo que eya me ha contaó! Que ze azoma por la ventana; que le está haciendo el amó a Paloma...

Virginia. Como picada por una avispa. ¿Qué?

Realito. Que le ha escrito tres cartas conzecutivas...

Virginia. ¿Qué?

Realito. Que le ha mandao unas flores; que le ha zacao unos verzos...

Virginia. ¿Qué dices, Realito, qué dices?

Realito. ¡Lo que me han dicho, digo! ¿Qué te paza a ti?

Virginia. Nerviosísima, desasosegada, sin hacer caso de Realito. Ah, ¿con que?... No, no pué sé... Eso no pué sé; que no se componga .. Cáyate, Virginia. Que no se componga, porque se va a quedá compuesta y sin novio. Y lo que es er poeta... Cáyate, Virginia. Lo que es de la hija de Manolito er platero... Cáyate, Virginia, cáyate ya.

Realito. ¡Vayal ¡Zigue er ruzo!

Viene BLANCA por la puerta de la derecha.

Blanca. Buenos días, Realito.

Realito. Buenos días.

Blanca. Alberta te llama, Virginia.

Virginia. ¿Arberta? ¿Sabe usted que Arberta...? Por supuesto... En fin, Realito, vente tú a tomá er chocolate, que tenemos que hablá nosotros.

Blanca. ¿Sí, eh?

Virginia. Sí.

Realito. Vamos a tomá er chocolate. ¿Usted gusta?

Blanca. Gracias; buen provecho.

Virginia. ¡Y veremos si va a podé más Madrí que Arfaqueque!

Se va con Realito por la puerta de la derecha.

Blanca. ¿Qué dice esa muchacha? Muy alterada está... ¿Andará el amor también de por medio?

Por la puerta de la izquierda, cautelosamente, sale FELIPE.

Felipe. ¿Blanca?...

Blanca. Silencio. Un instante...

Felipe. Pero ¿no están en misa?

Blanca. Sí. Pero acaba de llegar Realito, que hasta ahora no se ha marchado al comedor.

Felipe. Pues allí le darán palique Virginia y la otra. ¿Y la carta?

Blanca. Aquí está.

Felipe. ¿Conforme al borrador que yo le hice?

Blanca. Sin alterarlo en una coma. ¡Si es todo mi estilo! ¿Dónde la dejo?

Felipe. Sobre este velador. Así la verá en cuanto llegue.

Blanca. Obedeciéndolo. ¡Dios mío!

Felipe. ¿No está usted contenta?

Blanca. Intranquila...

Felipe. ¿Intranquila?

Blanca. ¡Calle usted!

Felipe. ¿Viene alguien?

Blanca. No. Creí... Pues, sí: intranquila estoy. A solas pienso que no debo dar este paso; pero luego usted me anima a él; me convence; me persuade...

Felipe. Jamás me arrepentiré de incitarla a que deje a ese hombre. Yo sé bien que, sea cualquiera la vida que a usted espere lejos de su lado, nunca será más triste ni más desesperada que junto a él.

Blanca. Es tan seco, tan duro...

Felipe. Diga usted tan grosero y tan badulaque. En más de una ocasión—se lo juro a usted, Blanca,—al oírlo desde mi escondite maltratarla a usted, he sentido impulsos vehementes de romper el incógnito en que aquí vivo y venir a ampararla y a defenderla.

Blanca. No, no; eso nunca; se hubiera descubierto usted, que tantos motivos tiene para estar oculto... ¡Y se habría armado el gran zipizape! No lo quiero pensar. Nicolás es tan camorrista y tan violento... Antes no era así, Felipe, no era así; era brusco, áspero, discutidor; le llevaba la contraria a su sombra... pero grosero e insolente no lo era. Yo, tonta de mí, esperaba suavizarlo,

domesticarlo... Hasta me hacía gracia. Poca, pero me hacía alguna. Hasta me parecía guapito. Poco también. Sobre todo, vi en Nicolás, ya se lo he dicho a usted otras veces, la salida de aquella casa, de mi casa; de aquel tormento irresistible que comenzaba al despertar de todos los días.

Felipe. Cierto; no iba usted detrás del amor, sino que huía del odio. ¡Qué triste es esto... y qué frecuente! Pero usted merece buscar el amor y encontrarlo. ¡Es usted tan linda!

Blanca. Por Dios...

Felipe. Tan linda... y tan buena además. ¿Es posible que haya nacido un hombre que la vea a usted y la trate sin delicadeza... sin ternura? Tiene usted, por cima de todos sus encantos, el supremo encanto de la modestia. ¡Maldito quien haga llorar esos ojos!

Blanca. No alce demasiado la voz.

Felipe. Dispense usted...

Blanca. ¿Y qué pensará Fernandita cuando lea esta carta?

Felipe. Piense lo que piense al leerla, se alegrará luego, porque es buena y la quiere a usted mucho.

Blanca. Sí.

Felipe. La responsabilidad de esta superchería la acepto yo toda; yo, a quien tanto quiere también la consulesa de Alfaceque. Un azar de mi vida desordenada y loca me arrojó a esta casa; y si yo creyera en una divina intervención en las cosas humanas, pensaría que Dios me condujo a mi última desastrosa aventura para darme aquí el alto premio de conocerla a usted.

Blanca. Turbada. ¿No cree usted que Dios intervenga en estas pequeñeces de aquí abajo?

Felipe. A veces, sí; a veces, no; la injusticia domina el mundo. Mirándola intencionadamente. Ahora empiezo a creer. Blanca, ruborosa, baja los ojos. Desde luego hay un dios en la tierra, niño mimado del otro Dios, que ése sí

interviene en nuestras vidas, en nuestros sueños... y en reda todo lo que puede, Blanquita.

Blanca. ¿Otro dios, dice?

Felipe. Sí; ahora mismo hablábamos de él. El amor se llama.

Blanca. ¿El amor, Felipe?

Felipe. El amor. ¿No es ése su nombre?

Blanca. No sé...

Felipe. Dispénsame usted una vez más... ¿Quién soy yo para hablarle en este lenguaje? Dispénsame. Yo no soy sino un desdichado prisionero que ha visto por la ventana de su cárcel un rayo de luz... y se ha puesto a soñar con el sol... ¡Infeliz! Mientras no venga la mano invisible que ha de darme la libertad, mientras yo no pueda gritar levantando mi frente: «Éste soy; esto he hecho», debo sellar mis labios.

Blanca. Ante mí no, Felipe. Yo no sé nada de su vida... o sé muy poco. Lo que buenamente he podido imaginar oyéndolo a usted, más con el deseo que con la razón... Pero... ¡es curioso! de usted me inclino siempre a creer antes lo bueno que lo malo.

Felipe. Gracias.

Blanca. Quizás será que mi desgracia simpatiza con la de usted.

Felipe. Sin duda.

Blanca. En esta casa su conducta de usted es discutidísima.

Felipe. Ya lo sé. Don Pascual me tiene por un embaucador desalmado. Ni en cruz que me ponga cree una sola palabra de lo que digo. En cambio a Fernandita le inspiro una ciega confianza.

Blanca. Pues yo no escucho ni a don Pascual, que es hombre terco en sus opiniones, ni a Fernandita, a quien las cosas de su pueblo natal le vendan los ojos; yo lo escucho a usted solamente. Y pienso en el vivo interés que ha mostrado por que yo deje a un hombre

que no puede hacerme feliz; y en la atención con que oye el cuento de mis desdichas; y en la indulgencia con que juzga todas mis acciones... Y al pensar en esto, Felipe... ¿Llamaron?

Felipe. Sí.

Blanca. Iré a ver.

Felipe. No; deje usted; volveré yo a mi alcoba...

Blanca. Espere. ¿Qué trabajo me cuesta? Se va por la puerta de la derecha.

Pausa. Felipe pasea preocupado.

Felipe. Dando al fin un suspiro. ¡Ay! ¡Sentiría salir de esta casa por el balcón! Y saldré, saldré; no habrá otro remedio. Pero yo me pregunto, señor: ¿cuál es mi delito? Para todas tiene mi corazón un halago, un consuelo; a todas quiere concederles mi vida una hora de ilusión... ¿Cuál es mi delito? Vuelve Blanca...¿Y ésta? ¿Qué hay en ésta que no hay en las demás?...

Llega, en efecto, Blanca por donde se marchó.

Blanca. Es una mujer que vende dulces. Pero tiene confianza en la casa, y es muy entrometida. A lo mejor se cuela hasta aquí.

Felipe. Entonces yo me quito de en medio. Vuelvo a mi prisión. Adiós, Blanca.

Blanca. Felipe... ¿Dejo aquí la carta, verdad?

Felipe. No dude más en ello. Ocúltese usted de todos cuanto antes.

Blanca. En seguida, sí.

Felipe. Y nada tema. Fernandita sólo ve por mis ojos. Yo respondo de que ha de celebrarlo. Hasta luego.

Blanca. Hasta luego.

Se miran un momento y desaparecen rápidamente, ella por la puerta de la derecha y él por la contraria. Poco después sale ADORACIÓN por la de la derecha.

Adoración. ¿Adónde irá esa niña tan a la carrera? A vé ar novio no creo que será. Lo que es yo correría pa no verlo. Pero argo yeva, argo yeva... Porque no ha

querío ni saludarme, y ha escapao escaleras abajo... ¡Pobre muchachital! ¡Qué bola negra le ha caído! Suspirando con satisfacción. ¡Ay! ¡Me parece un sueño que piso esta casa otra vez! ¡Vamos, que quince días sin vé a mi Fernandita! Ha sío menesté que me esté muriendo. Toavía se me resienten los tobiyos. Se sienta. Ya tardará poco. ¡La cara le vi a cuajá de besos cuando la vea!... Pausa. Hoy hase caló... Se abanica. ¡Qué fatiga me ha dao de vé desayunarse a Realito! ¡Hermana, cómo enguyel! Un boyo, dos boyos, tres boyos... ¡Qué desaparición de boyos en un momento! No parece que se desayuna, sino que hase juegos de manos. Se levanta. Abusan, abusan de esta santa. Hombre, un cuadro nuevo. Menos má: será regalo de argún agradesío. Está bendita. ¡Y er miradó, cómo lo tiene! Es un parque, es un parque... Er jazmín, la camelia, er naranjo... ¡Ar naranjo no le farta más que hablá! Reparando en la carta que ha quedado sobre el velador. ¿Letra de Blanquita? ¿Se ha dejao aquí esa chiquiya la carta der novio? Leyendo el sobre. «Urgente. Para Fernandita.» ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Blanca le escribe a Fernandita? ¿Y urgente? ¿Qué es esto? ¿Tendrá argo que vé con la carrera que eya yevaba? ¡Ay, Dios mío de mi vida! ¿Qué será? ¿Qué no será? Yo estaba por abrí er sobre ar caló de la oya. ¡Si pudiera leerla ar trasluz!

Óyese dentro a FERNANDITA, que al punto aparece por la puerta de la derecha.

Fernandita. ¿Adoración?

Adoración. ¡Fernandita! Ya está ahí, ya está ahí. ¡A tiempo yegas! ¡Ven acá! Se abraza a ella y materialmente se la come a besos. Deja que me sasié, deja que me sasié...

Fernandita. Mujer, por Dios santo...

Adoración. ¡Lo que yo te he agradesío la leche y er jeré! ¡Deja que me sasié! ¡Ay, qué ganas tenía! Me parezco yo dándote besos a Realito comiendo boyos: no sé acabá nunca.

Fernandita. ¿Estás ya fuerte?

Adoración. Ya estoy superió, reina mía: en cuanto te he visto. Y escúchame una cosa, que es urgente y que me tiene soyispá. Ar vení yo pa acá de la cosina salía Blanquita escaleras abajo; no quiso saludarme ni na, y ahora me encuentro aquí esta carta suya, y veo que es pa ti y no es pa er cursi de su novio. ¿Qué es esto?

Fernandita. ¿Una carta de Blanca para mí? A ver... ¿Y dices que la has visto salir de casa?... Sí, sí; es su letra. A ver, a ver... Llena de turbación y ansiedad rasga el sobre y principia a leer el pliego que contiene. «Fernandita, amiga y madre mía: no se asuste al abrir esta carta, que ni anuncia un suicidio, aunque bien pudiera...»

Adoración. Sobresaltada. ¿Eh? ¿Va a tomá fósforos?

Fernandita. No mujer; ¿no oyes? Leyendo. «...que ni anuncia un suicidio, aunque bien pudiera, ni mucho menos mi fuga con Nicolás. Vuelvo a la casa de mi madre...»—¡qué locura!—«y me escapo para que usted no me detenga, porque no quiero entenebrecer por más tiempo con mi sombra triste un hogar que como ninguno debe ser alegre y dichoso.» Pero ¿qué ha hecho esta chiquilla, por Dios? ¿Tú oyes? Hay que ir a buscarla en seguida.

Adoración. Sigue, sigue, que estoy tragando lágrimas.

Fernandita. Continuando la lectura. «La culpa de todo la tiene mi novio...»

En este instante llega por la puerta de la derecha NICOLÁS, quien por extraña ironía de la suerte viene de buen humor. Las dos mujeres se desconciertan al verlo.

Nicolás. ¡Salú, señoras! Buenos días.

Fernandita. ¡Nicolás!

Adoración. ¡Nicolás!

Nicolás. ¿Usté no estaba mala?

Adoración. Sí; pero ya me encuentro bien, gracias a la Santísima Virgen.

Nicolás. Me alegro, hombre. Cuatro días que va uno a vivir hay que pasarlos con salú. Hoy estoy yo contento.

Fernandita. Casi deplorándolo. ¿Hoy está usted contento?

Nicolás. ¡Me pintan bien las cosas! Es según me echo de la cama, ¿sabe usté? Hay días que me levanto de buena uva porque sí, y me acuesto de buena uva porque sí.

Fernandita. ¿Y ahora?...

Nicolás. Ahora estoy bien templao. ¡Bien templao!

Fernandita. A Adoración. Era cosa de meterlo en un *termo*.

Nicolás. ¡Ja, ja, ja! Pa que me durara el buen temple, ¿no? ¡Esta gracia de las andaluzas no la tiene nadie!

Adoración. ¡Esta grasia de Fernandita Osorio!

Nicolás. A don Pascual me he encontrao por la Castellana dándose tono de pollito. ¡También es muy salao! ¿Y mi chica? Por cierto que al pagar la silla me pasó un lance chusco de veras. Ahora lo contaré, cuando salga Blanca, pa no repetirme. ¿Dónde está esa chica?

Fernandita. Con temor y zozobra. Pues... Blanquita, amigo Nicolás, se me ha escapado a casa de su madre.

Nicolás. ¿Eh?

Fernandita. Y me lo dice en esta carta... que empezaba a leer cuando usted llegó tan contento.

Nicolás. ¡Pajoles!

Fernandita. Así, así...

Nicolás. ¿Pero es posible? ¡Esa chica es idiota! ¿De manera que la saca usté de aquel presidio, pa que no aguantara las coces del padrastro, y allá se vuelve sin que nadie la llame? ¡Es ceporrez nativa!

Fernandita. Son muchas cosas juntas...

Nicolás. ¡Ceporrez!

Fernandita. Muchas cosas...

Nicolás. ¡Ceporrez! No lo dé usted vueltas.

Adoración. No le des vueltas: seporrez. Alude a la de Nicolás, también nativa.

Nicolás. ¿Me quíe usted leer ya la carta, que yo me entere? ¡Estamos aviaos!

Fernandita. Sí, señor. Escuche. Leyendo. «...vuelvo a la casa de mi madre, y me escapo para que usted no me detenga, porque no quiero entenebrecer por más tiempo con mi sombra triste un hogar que como ninguno debe ser alegre y dichoso.»

Nicolás. Escamado. ¡Eso no se ha cocío en su mollera!

Fernandita. «La culpa de todo la tiene mi novio, a quien ya no puedo aguantar más tiempo.»

Nicolás. ¡Pajoles!

Fernandita. Más muerta que viva. «Ningún hombre tiene derecho a maltratarme; pero menos que ninguno el que quiere que yo sea su esposa.»

Nicolás. ¡No paece sino que la trato a punteras! ¡Acabe usted ya de una vez, que luego va a tocarme a mí soltar la espita!

Fernandita. «Perdóneme usted. Don Pascual estóy bien segura de que me perdona y me felicita. ¡Me ha aconsejado tantas veces que mande a Nicolás a escardar cebollinos!»

Nicolás. ¡Hombrel!

Fernandita. «¡Me ha preguntado tantas, entre bromas y veras, que si es cierto que lo amamantaron con vinagre!»

Nicolás. ¡Es muy gracioso don Pascual!

Adoración. La gracia andalusa que se pega.

Fernandita. «Adiós, amiga y madre mía. Si la gratitud es una oración, mientras yo viva llegará al cielo la que a usted le consagro.—Blanca.—P. D. Rompa usted esta carta, por lo que más quiera, no se entere de las cosas que digo de él, *Alcaparrón.*»

La consulesa se queda como el mármol.

Nicolás. ¡Pajoles! ¿Pitorreo también a última hora? ¡Eso le demostrará a usted que está tranquila; que ha escrito la cartita como quien se bebe un vaso de agua; que to es una comedia na más!

Fernandita. Cálmesese usted...

Nicolás. ¡No puedo! ¡De más sabía yo que ésa ni quié a su madre, ni me quié a mí, ni la quié a usted, ni quié al gato! ¡Alcaparrón! ¡Ya te daré yo a ti *Alcaparrón*; no te figures que te vas a ir de rositas! ¡Ahora mismo me planto en la casa y armo allí el gran tiberio!

Fernandita. Por Dios, Nicolás, yo le suplico a usted que no vaya; que olvide; que procure serenarse a lo menos...

Nicolás. ¡A usted también se le pasea el alma por el cuerpo, señora! ¿Me vi a cruzar de brazos? ¡A saber si to esto no ha sío un enjuague fraguao por las dos!

Fernandita. ¿Qué está usted diciendo? ¡Esto no es más que el resultado de ser usted un erizo! ¡un puerco-espín!

Adoración. ¡Er resurtao de tené por novio un moliniyo de café!

Fernandita. ¡Eso! ¡Entraba usted rabiando y salía rabiando! ¿Es que yo no he visto a la muchacha llorar y renegar de su suerte por causa de usted?

Adoración. ¿Y yo, no la he visto?

Nicolás. ¡Usted a sus rosquetes, señora! ¡A usted nadie la da vela en este entierro!

Adoración. ¡Me la tomo yo!

Fernandita. No grites, mujer. A él no le digo nada porque es inútil.

Nicolás. ¡Y tanto! ¡La pava e la señora!... ¡Así que el caso es pa hablarlo en secreto! ¡Los sordos van a oírme! ¡Desde aquí van ustés a escuchar el escándalo! ¡Eso no! ¡Tomarle el pelo a Nicolás Esparraguera, no! ¡Tengo yo los pantalones muy bien puestos! ¡Mañana salgo

en la prensa gráfica! Tropezando con DON PASCUAL, que llega en este instante por la puerta de la derecha. ¿Adónde va usted?

Don Pascual. ¡Vengo a mi casa, amigo mío!

Nicolás. ¡Pues le advierto a usted que motes no se los aguanto ni a mi padre! ¡Abur! Vase disparado.

Don Pascual. Perplejo. ¿Qué pasa? ¿Qué le ha ocurrido a *Alcaparrón*?

Fernandita. ¡Ay, Pascual; no sabes! ¡Qué disgusto! Blanca me dice en esta carta que se vuelve a casa de su madre porque no puede aguantar más al novio.

Don Pascual. ¿Y a eso le llamas tú un disgusto? ¡Estáis de enhorabuena las dos! ¡La determinación de Blanca merece un premio!

Adoración. ¡Verdá que sí!

Don Pascual. ¡Con decirte que yo mismo, por no oírlo más, me iba a ir a vivir a una fonda hasta que se casaran!...

Fernandita. No lo eches a broma, por Dios... ¡Ay, Dios mío! ¡Qué nerviosa me ha puesto ese mamarracho! ¡Ay, Dios mío!

Don Pascual. Tranquilízate, Fernandita, que no vale la pena.

Adoración. Tranquilízate tú, sor de España.

Fernandita. Yo voy a llegarme ahora mismo a casa de Blanquita.

Don Pascual. Tú no te mueves ahora de aquí.

Fernandita. Si estoy en ascuas, Pascual de mi vida.

Don Pascual. Pues no hay motivo alguno. A casa de Blanca iré yo en todo caso.

Adoración. O iré yo. No te apures tú, no te apures.

Don Pascual. Y aprovecha la lección, si puedes.

Adoración. Eso es lo que tiene que hasé: aprovecharla, aprovecharla. Miste, don Pascuá, se lo tengo dicho: que socorra a to er mundo, porque es su condición, sea de Arfaqueque, sea de Londres, pero tos los

socorros der portón pa fuera: en su casa no debe meté a nadie: a nadie, a nadie.

Don Pascual. A nadie: estoy de acuerdo.

Adoración. ¡Ni a tomá er desayuno!

Don Pascual. ¡De acuerdo!

Adoración. ¡Ya sabe usted por dónde voy!

Fernandita. Yo de Blanquita no me puedo quejar: es un pan del cielo. Más calladita y más prudente... Y siempre dispuesta a darme gusto: en mis pensamientos leía.

Don Pascual. ¡Pero tiene un novio que no sabe leer!

Adoración. Justo, justo. Los huéspedes, de una manera o de otra, siempre traen berrenchines, siempre traen berrenchines. ¿No ves tú que yo, cuando Carreño estaba empleado, he sío también una mijita consulesa? Un chasco nos pasó una vez que es pa contarse. No se me orvida. Luego nos reímos; pero nos dió una temporaíta de vaya usted con Dios. Figúrese usted, don Pascual, que una noche, cuando íbamos ya a serrá la puerta, se nos presenta la muchacha toa soliviantá, anunsiándonos la visita de un cabayero misterioso. Don Pascual y Fernandita prestan gran atención al relato. Nos queamos cuajaos; y antes que resorviéramos si entraba o si no entraba, se cuela de rondón sin permiso de nadie con la capa arrastrando, se hinca de rodiyás delante e mí, me agarra las manos, me las besa...

Fernandita. ¿Qué?

Don Pascual. ¿Qué? Se miran los cónsules comunicándose su asombro.

Adoración. Y me pide por su madre, y por sus hijos y por todos los santos der sielo, que lo esconda en mi casa aqueya noche. ¿Tú sabes quién era? Si tú lo debes de conosé, por lo menos de nombre. Un gorfo, un tronera, una bala perdía, que vive a la que sarta: el hijo de Carlota Portiyo: Felipe Rivas. ¡De Arfaqueque!

Fernandita. Turbadísima. ¡Ah!... Felipe Rivas...

Adoración. ¿Lo conoses?

Fernandita. Sí... poco...

Don Pascual. Poco... muy poco: pero lo conoce. Siga usted con el cuento.

Fernandita se levanta azorada y le arranca maquinalmente una hoja al almanaque. Don Pascual se hace cargo de la situación y la explota con zumba graciosa.

Adoración. Usted verá, usted verá: se oye y no se cree.

Fernandita. ¿Sí?

Don Pascual. ¿Lo ampararon ustedes aquella noche?

Adoración. ¡Claro! ¿Qué íbamos a haserle? Y eso que Carreño no quería.

Don Pascual. ¡Caramba! ¡Carreño no quería! ¿Oyes, Fernandita? ¡No quería Carreño! ¡Carreño no quería!

Fernandita. Ya, ya lo he oído. No quería Carreño...

Don Pascual. Carreño no quería...

Adoración. No, no quería. Pero de pronto le dió un desmayo...

Don Pascual. ¿A Carreño?

Adoración. ¡Al otro! Y no hubo más remedio que conformarse.

Don Pascual. ¿Conque le dió un desmayo y todo?... ¿Te enteras, Fernandita? ¡Le dió un desmayo!

Fernandita. Sí... me entero, sí... No soy sorda... Mira a don Pascual hecha una brasa y se abanica nerviosamente.

Adoración. ¡Y no quieran ustés sabé la cola que trajo aqueya nochesita! ¡Por ablandarme yo!

Don Pascual. ¡Por ablandarse ella!

Adoración. ¡Un mes entero tuvimos ar señorito en nuestra casa!

Don Pascual. Nos faltan diez días.

Adoración. ¿Cómo?

Don Pascual. No... nada... no... ¿Y no había manera de echarlo?

Adoración. No había manera, no había manera: ca día inventaba un embolismo nuevo. Y como desde er

principio nos metió en la cabeza que si lo descubriamos lo íbamos a perdé y ya lo teníamos encubierto, ¡pos éramos cómplises suyos! ¡Y en cuanto yegaba arguien de la caye, el hombre aqué a su madriguera! ¡Y nosotros los primeros a esconderlo! ¡Paresíamos ladrones! Y así un mes.

La consulesa, con la misma inconsciencia que arrancó la hoja del almanaque, se ha puesto a golpear en un timbre que hay sobre el velador.

Don Pascual. ¿A quién llamas tú tanto?

Fernandita. A nadie... a nadie... Ha sido sin querer... A nadie... A Alberta, que asoma en la puerta de la derecha y se va en seguida. No es nada, Alberta.

Don Pascual. ¡Vaya con el trápala del mozo!

Adoración. De eso no pué usté formarse una idea.

Don Pascual. Quizás sí. ¿Verdad, Fernandita?

Adoración. Juraba por sus hijos y luego resurtaba que les desía sus hijos a sus versos.

Don Pascual. ¡Qué ardid tan ingenioso!

Fernandita le arranca otra hoja al almanaque.

Adoración. Porque es poeta. ¡Y más enamoraó que un mico!

Don Pascual. ¿Ah, sí?

Adoración. ¡Uh! Enamoró a mi hija Salú, a una vecina der segundo, a otra der tersero, a la criada... Un mico, un mico.

Don Pascual. ¿Hola?

Fernandita, de puro turbada, se da ahora a la tarea de desordenar todos los muebles, haciéndose la ilusión de que los arregla.

Adoración. Y entérese usté de otra gracia. Salía por las noches disfrasao, y cuando vorvía a recogerse siempre nos traía un regalito, pa probarnos su agradesimiento. A nosotros se nos caía la baba; es claro.

Don Pascual. ¿A Carreño también?

Adoración. ¡También!

Don Pascual. No hay dos hombres iguales.

Adoración. O durses, o flores, o pájaros, o libros... ¡Hasta nos regaló un cuadro al óleo! El matrimonio instintivamente mira al cuadro nuevo. Y ayá va er gorpe: cuando se fué de casa, prinsipiaron a yegá las cuentas de to lo que nos había regalao: las flores, los durses, los pájaros, los libros... ¡To lo había compraó a nombre de Carreño! Por poquito nos arruina.

Fernandita. ¡Ay, Dios de los cielos! La emprende con furia con las hojas del almanaque, como si quisiera mondarlo.

Don Pascual. ¿Tienes interés en que pase el mes pronto, verdad?

Fernandita. ¿Eh?... ¿Qué?... No... no estoy aquí... Dispénsame tú, Adoración... No estoy aquí... Estoy pensando en Blanca... la pobre...

Don Pascual. Y, diga usted, Adoración: ¿volvió usted a saber de ese peine?

Adoración. Creo que se fué a América: no estoy segura. Lo que sí supe es que había hecho lo mismo en tres o cuatro casas. ¿Qué le parese a usted? Un fresco, un fresco... ¡Un modo de veraneá como otro cuarquiera!

Don Pascual suelta la carcajada.

Fernandita. Afigidísima. Bueno, sí... Adoración... yo aprovecharé lo experiencia... Déjalo ya... Te lo ruego... Y hazme el favor de llegarte a buscar a Blanca... y tráeme noticias cuanto antes.

Adoración. ¡Ahora mismo, hija mía! ¿Qué tengo yo que hasé más que lo que tú quieras? Ahora mismo, ahora mismo... Cármate tú. ¿Quiés que te haga una tasita de tila en un momento?

Fernandita. No, no... si estoy bien...

Adoración. ¡Mi sangre que tú nesesitaras te daría! ¡Mi sangre, mi sangre! La besa ardientemente: ¡Ya estoy aquí con notisias de Blanca!

Fernandita. Sí, sí; ve en seguida...

Adoración. Y tenlo muy presente, por Dios: tos los

favores der portón pa fuera, der portón pa fuera, der portón pa fuera... Se va apresurada por la puerta de la derecha.

Pausa. Don Pascual mira a Fernandita sonriendo con aire de burla.

Don Pascual. ¿Ves, Fernandita, ves?

Fernandita. No me digas nada, no me hables... ¿Te ríes?

Don Pascual. ¿Y qué he de hacer sino reírme? El caso es bien chusco.

Fernandita. Déjame... calla... que yo estoy para echarme a llorar. ¡Qué desengaño! ¡Qué comedia! ¡Qué trapisondista más grande, señor!... Sí, sí, Pascual, riéte de mí. Lo merezco por tonta. Soy tonta, Pascual mío, soy tonta. ¿Verdad que soy tonta?

Don Pascual. Si tienes mucho empeño...

Fernandita. Pero ¿cómo podía yo imaginarme?... Hijo de mi mejor amiga... tan listo, tan simpático... con tan buena conversación... ¡de Alfaquequel... Nada he hecho nunca con más cariño que ampararlo, y ya ves... ya ves... Soy tonta... Y a mis años ya no tiene esto arreglo... ¡Tonta de capirote! ¡La tonta de Alfaquequel!

Éntrese por la puerta de la izquierda, llorando.

Don Pascual. ¡Pobre consulesa! ¡Se le vuelven pícaros o gorriones las glorias de su pueblo! ¡Cualquiera le quita el amargor de este último lance!... En fin, ya pasará. Fortuna, a pesar de las lágrimas, que Adoración haya roto el velo.

Llegan por la puerta de la derecha NOBLEJAS y VIRGINIA; el uno grave y respetuoso; la otra dolorida y triste, por primera vez desde que tenemos el gusto de ser sus amigos.

Noblejas. ¡Oh! ¡Mi señor don Pascual!

Don Pascual. Buenos días, Noblejas.

Noblejas. Celebro grandemente encontrar a usted.

Virginia. Con voz de canario herido en la patita. Don Pascuá.

Don Pascual. ¿Eh?

Virginia. Don Pascuá.

Don Pascual. ¿Es a mí? ¿Qué quieres?

Virginia. ¿Sabe usted dónde está la señora?

Don Pascual. ¿Quién?

Virginia. La señora.

Don Pascual. No te oigo, hija mía.

Virginia. Es que no me sale la voz.

Don Pascual. ¿Cómo?

Virginia. La voz, la voz, que no me sale.

Noblejas. Que no le sale la voz, don Pascual.

Don Pascual. ¿Y por qué no le sale?

Virginia. ¡Por la fuersa'er dijusto, don Pascuá! ¡Por la fuersa'er dijusto! ¡Qué desengaño tan crué!... ¡Er mayó de mi vida!

Don Pascual. ¿Qué dices?

Virginia. ¡Yo nesesito desahogarme con la señora!

Don Pascual. ¡Pues anda, que en su tocador has de encontrarla seguramente!

Virginia. ¡Ay, don Pascuá! ¡Qué infamia! ¡qué infamia de hombre! No me sale la voz, don Pascuá; no me sale la voz... no me sale... no me sale...

Vase por la puerta de la izquierda gimoteando, sin conseguir que la voz le salga.

Don Pascual. ¿Usted sabe, querido Noblejas, a qué se debe esta afonía?

Noblejas. Don Pascual... señor don Pascual... me coloca usted en un potro... No estoy autorizado.. Solamente, valiéndome de muy discretos eufemismos, podría yo...

Don Pascual. ¡Pues válgase usted de ellos!

Noblejas. La muchachita ha subido a casa a hablar con Paloma.

Don Pascual. ¡Ah! ¡Ya caigo! ¡Torpe de mí! Andará en el ajo el señorito del gabinete, ¿no es verdad? Noblejas se queda estupefacto. Estoy enterado de cuanto ocurre. Fer-

nandita no iba a contarme nada; pero todo me lo contó de aquí a la iglesia.

Noblejas. ¡Cómo me descarga esa revelación!

Don Pascual. Que sea enhorabuena, querido. Y ya sospecho el origen de la pérdida de voz de nuestra doncellita. ¿De seguro la ha galanteado a la vez que a Paloma?

Noblejas. Cabal.

Don Pascual. Bien; pues por lo que toca a su hija de usted va usted a subir a decirle de parte mía que le devuelva las tres cartas consecutivas al galán, y que no incurra en el candor de mirarlo más a la cara, porque es un redomado sinvergüenza.

Noblejas. Temo... temo que tampoco me salga la voz.

Don Pascual. Pues dígaselo usted por señas. Y sin perder minuto.

Noblejas. Sí, señor; en el acto. Que le devuelva todas las cartas a ese caballero, porque...—y que mis palabras no lo ofendan—es un sinvergüenza redomado.

Don Pascual. Ni más ni menos.

Noblejas. Se va a quedar la chica viendo visiones, con permiso de usted.

Don Pascual. ¡Y voy yo a averiguar si ya le ha salido la voz a la otra! ¡O a lograr que le salga y cante clarito!

Éntrase por la puerta de la izquierda.

Noblejas. Meditando sobre la inestabilidad de las cosas humanas. ¡Pobre lechera!

¡Adiós huevos, lechón, vaca y ternero!

¡Adiós, versos... adiós, gloria... adiós, calle... adiós, estatua en Alfaqueque!... ¡Ay!

Cuando va a marcharse por la puerta de la derecha, aparece BLANCA inquieta y recelosa, y con ella se cruza.

Blanca. Buenos días, señor don Salustiano...

Noblejas. Inclínándose cortésmente. A los pies de usted, señorita Blanca.

Vase todo mustio a herir en el ala a su paloma.

Blanca. ¡Bonita cara llevaba mi galán!... ¿Qué habrá pasado?... Me lo figuro, por supuesto... ¿Será verdad que estoy ya libre de él? Mira hacia la puerta de la izquierda. ¡Ah! ¡Fernandita! Me ha visto. Aquí viene.

En efecto, sale FERNANDITA, con el asombro pintado en el rostro.

Fernandita. ¡Blanca! ¿Tú?

Blanca. Yo, sí; yo misma.

Fernandita. Pero ¿cómo estás en mi casa? ¿No te habías ido a la de tu madre?

Blanca. No, señora.

Fernandita. ¿Que no? ¿Entonces, esa carta tuya...?

Blanca. En mi carta hablé de la casa de mi madre para que no pensara usted nada malo de mí... y porque aquel es el único sitio adonde seguramente no va Nicolás.

Fernandita. ¿No ha de ir, inocente? ¡Allá se encamina ahora, hecho un basilisco!

Blanca. Sí, pero no entra. Le teme a mi padrastro. Yo he estado con la vecina del entresuelo mientras ha descargado la nube.

Fernandita. ¡Ah! ¿Te fuiste al entresuelo?

Blanca. Y por la mirilla vi primero subir a Nicolás, y al ratito lo he visto bajar, ¡gruñendo unas cosas!...

Fernandita. ¡Pues no son más que un resto de las que me ha soltado a mí! ¿Qué te has propuesto con esta intriga?

Blanca. Acabar con él. Usted me perdone el mal rato. Para acabar con él, Fernandita, no bastaba que yo lo despidiera. Lo he hecho más de una vez inútilmente. Era preciso un medio anormal, imprevisto, que le demostrara claramente mi desdén, mi cansancio, mi hastío, mi aborrecimiento...

Fernandita. ¡Muy bonito! ¡Y me echaste a mí el muerto encima! Barquero, yo me voy en su barca; pase

usted nadando el arroyo. Las impertinencias, las palabrotas, las groserías de tu novio era yo la llamada a sufrirlas porque tú te libraras de él, ¿no es eso? ¿Era yo la que debía ponerse colorada?

Blanca. Discúlpeme usted, Fernandita. No he querido enojarla a usted. Creí que usted sería la primera en alegrarse... ¡Es usted tan buena!...

Fernandita. ¡Claro! Soy tan buena—¡ya pareció la muletilla!—soy tan buena... que todos tenéis derecho a agotar mi bondad. No soy buena; soy tonta.

Blanca. ¿Llora usted?... ¡Cómo me decía a mí el corazón que no hacía bien en lo que hacía!

Fernandita. ¿Por qué lo hiciste entonces? Blanca no contesta. ¿Por qué lo hiciste? Di.

Blanca. Lo confesaré todo.

Fernandita. Pues, ¿qué más hay?

Blanca. Hay... quien me ha aconsejado y me ha instado con palabras muy persuasivas para que dé este paso...

Fernandita. Vislumbrando casi la verdad. ¿Qué dices?

Blanca. Lo que usted oye, Fernandita.

Fernandita. Aludiendo a Felipe. ¿Ese hombre?

Blanca. Sí.

Fernandita. Aterrada. ¡Virgen de las Medallas!

Blanca. Con sobresalto. ¿Qué? ¡Hable usted!

Fernandita. ¡Habla tú! Ese hombre...

Blanca. Ese hombre... Felipe... Pero ¿por qué lo ha nombrado usted con terror?

Fernandita. No te importa. Habla, confiesa, di. ¿Cuándo has visto a Felipe que no haya estado yo delante? ¿Qué es lo que adivino en todo esto?

Blanca. No, no es nada indigno, Fernandita. No tema usted... Felipe, a quien mi situación en esta casa y mi vida interesaron vivamente, ha sabido hallar ocasiones en que hablarme a solas... La noche en que usted estuvo malucha y yo velé un rato; una tarde en que

fueron ustedes al teatro y yo me quedé; algún domingo cuando han salido a misa... Y siempre, en todo momento, su tema ha sido que yo rompiera con Nicolás, que era indigno de mí, que me haría desgraciada. ¿No había de escuchar esto con encanto mi corazón, si hasta que lo he oído a él no he podido creer en la ternura de los hombres? Esta simpatía nos ha llevado a charlar y a charlar, comunicándonos como dos presos, y a desear cada día con mayor anhelo la ocasión de la charla...

Fernandita. Sigue.

Blanca. Felipe, ya lo comprenderá, ha sido el instigador de esta decisión mía que ha causado — y bien que lo siento — el enojo de usted. Pero usted, al oírme nombrarlo, ha abierto los ojos con terror y me ha contemplado como con lástima... ¿Qué es esto? Haya detrás de ello lo que haya, yo le suplico a usted que si es algo malo no me lo diga todavía... ¡Déjeme en el engaño unos días siquiera! ¡Consíéntale a mi corazón el recreo de gozar de unas ilusiones... que apenas han nacido en él!

Fernandita. ¡Ah, no! ¡Yo te hablo claro; a mí no me gustan tapujos! Yo te digo ahora mismo quién es Felipe, lo que sé de Felipe, lo que ha hecho Felipe, cómo es Felipe. .

Blanca. Por bueno lo tengo, cuando usted lo ha acogido en su casa; cuando usted se ha hecho lenguas de él en muchas conversaciones conmigo...

Fernandita. Turbada. Sí; pero... pero... Yo, Blanquita... Desde el punto y hora en que él se fija en ti... No es lo mismo hablar en general... ¿tú comprendes?... Yo debo... Tu madre... Felipe...

Blanca. Con angustia. Felipe... ¿qué? ¡Por Dios, señora! ¿Qué esconden esa turbación y ese disimulo?...

Fernandita. Conmovida ante la dolorosa angustia de Blanca. No... nada... Sosiégate. Felipe es bueno. Llámalo.

Blanca. ¡Sí! ¿No me engaña usted?

Fernandita. No te engañe. Es bueno. Llámalo. Dile que venga, que lo espero yo.

Blanca. ¡Sí; sí! Vase por la puerta de la izquierda.

Fernandita. Consternada. ¡Qué mentira decirle que es buenol... Pero ¿quién le dice ahora lo que es? La Virgen nos ayude.

Aguarda en silencio a que Felipe llegue. Éste viene a poco con Blanca por donde ella se fué.

Felipe. ¿Qué me quiere usted, Fernandita?

Fernandita. Déjanos, Blanca.

Blanca. Sí, señora. Mira a Felipe y se va por la puerta de la derecha.

Felipe. ¿Qué me quiere usted?

Fernandita. Después de contemplarlo con indignación. Tan-
tas cosas tengo que decirte, que no sé por cuál empezar.
Si fuera hombre no lo habría dudado un momento.

Felipe. ¿Cómo?

Fernandita. ¡Porque habría empezado pegándote de bofetadas!

Felipe. ¡Señora!

Fernandita. ¿Te sorprendes?

Felipe. ¿Pues qué he hecho yo para merecer?...

Fernandita. ¿Qué has hecho? Mentir, engañarme, ofenderme; burlarte de lo que más quiero.

Felipe. ¿Yo?

Fernandita. ¡Tú!

Felipe. Nada más lejos de la verdad, Fernandita.

Fernandita. No te defiendas, porque estás descu-
bierto, Felipe. Una pobre mujer, que no fué tan pobre
en otros tiempos, nos ha dicho que también en su casa
y en otras representaste esta burda comedia de tus per-
secuciones y malaventuras con que has sorprendido mi
buena fe. Felipe se turba. Eres un hipócrita, un farsante,
un desalmado. ¡Y con quién has venido a portarte así!
¡Con quien te abrió los brazos en nombre de tu madre;

con quien al oírte hablar de tus trabajos y de tus ilusiones, casi sentía no ser ella misma!

Felipe. Señora...

Fernandita. ¿Qué vas a contestarme?

Felipe. ¿Usted cree que yo puedo escucharla con indiferencia? Ya sé que he hecho mal...

Fernandita. ¡Muy mal!

Felipe. ¡Muy mal! Ya lo sé. Pero esto también tiene su historia. Le juro a usted que cuando vi la casa en que daba, lamenté haberme valido del mismo engaño que en otras para entrar en ella; pero ya el mal estaba hecho... y temí, si me metía a declarar la farsa, perder lo conquistado. ¡Me encontraba aquí tan a gusto!

Fernandita. ¡Qué desfachatez!

Felipe. Óigame usted sin irritarse.

Fernandita. No podré, Felipe. Tendría que ser todavía más tonta de lo que soy.

Felipe. Es mi última súplica, y usted, tan buena siempre, aunque yo sea el propio Lucifer en persona, debe atenderla.

Fernandita. Con tal de perderte de vista pronto... Habla.

Felipe. Expresándose con sincera naturalidad; con graciosa frescura. Yo soy primero que nada un artista; un enamorado de mi arte: gozo trabajando. Soy poeta. Mi pluma, ni la prostituyo, ni la alquilo, ni la vendo. Quiere esto significar, entre otras cosas, que no gano una peseta con mi pluma. Y como necesito vivir, y no soy rico, pido a mi ingenio—que es mi único tesoro—la ayuda que él solo puede prestarme. Gracias a él, señora, como usted ve, paso algunas temporaditas tranquilo en honradas casas, serenando mi espíritu, depurándolo en la lectura de los maestros y afinándolo en la propia creación artística.

Fernandita. ¿Te burlas? ¿Te diviertes conmigo?

Felipe. ¡Qué disparate, señora mía! Nunca le he ha-

blado a nadie con más sinceridad: lo que hago ahora mismo es abrirle a usted las puertas de mi alma. A mí me asquean los cafés y los cenáculos literarios, donde los artistas se pervierten y se envenenan. La casa de huéspedes, llena de pícaros y de estudiantes escandalosos, mal ventilada, fría, es cien veces peor que el café. Yo no sé trabajar allí. Yo necesito para producir de hogares honrados, apacibles. La prueba es que en una de esas casas a que ha aludido usted escribí un drama que me hará famoso cuando se represente, y aquí escribo un poema que estimo como la más delicada de mis inspiraciones.

Fernandita. Calla, cállate ya, enredalaguita, mala persona, embustero.

Felipe. ¡Oh, Fernandita! No puedo callarme. Esto que ahora se le figura a usted la salida cínica de un calavera o de un truhán, cuando yo sea un poeta glorioso se comentará como rasgo originalísimo de mi vida. «Entraba en las casas así, dirán mis biógrafos, valiéndose de tales ardidés, para vivir sin curarse de la prosaica busca del pan de cada día y escribir con toda espontaneidad y pureza: como cantan los pájaros.»

Fernandita. Mira, Felipe, no continúes, que me faltará la paciencia de oírte. Márchate de mi casa pronto. ¡Un poema escribes en tu encierro! ¿verdad? ¿No serán cartas a Palomita, la vecina de enfrente?

Felipe. Ah, ¿también sabe usted?...

Fernandita. Lo sé ya todo. Como sé también lo de Virginia y lo de Blanca.

Felipe. ¡Por Dios! ¡No confundamos! Lo de Blanca...

Fernandita. ¡Y lo de Virginia!

Felipe. ¡No confundamos! Atiéndame usted por lo que más quiera. Yo, además de un poeta, y quizás por lo mismo, o sin quizás, soy fundamentalmente un amoroso.

Fernandita. ¡Tú eres un sinvergüenza!

Felipe. ¿Por qué? Soy un amoroso. Toda mujer que no lo tiene sueña con el amor. Pues bien, yo, a cuantas miro, les infundo la grata ilusión de que el amor toca en sus cristales.

Fernandita. ¡Bah, bah, bah! ¡Llamas ser amoroso a ser un libertino sin escrúpulo!

Felipe. ¿En dónde está el libertinaje, señora? Yo a ninguna mujer engaño: a ninguna le prometo nada: no hago más que mostrarles la luz del amor como reflejada en un espejo. Veo en su ventana a Paloma, y la hago soñar con el caballero desconocido que le dice cosas inauditas. Contemplo a Virginia, que es preciosa siempre y más preciosa cuando me entra por las mañanas el chocolate, y alimento sus picantes fantasías de grandezas mundanas, y la hago dichosa también.

Fernandita. ¿Y Blanca? ¿Ni Blanca merece tu respeto, Felipe? ¿Con qué podrá disculpar tu ingenio, por hábil que sea, el haber trastornado el corazón de una muchacha como Blanca? ¿No te parece a ti que en este caso apenas hay diferencia alguna entre un malvado y un amoroso? Contesta.

Felipe. Ya le he dicho a usted antes que no confundiese. De Blanca estoy enamorado, Fernandita.

Fernandita. ¿Tú? ¿Enamorado tú?

Felipe. ¡Yo! ¡Y la quiero!

Fernandita. ¿Que la quieres, dices?

Felipe. Y ya le he dado la mejor prueba.

Fernandita. ¡Enamorando a otras!

Felipe. No, señora; alejándola de un hombre que la haría infeliz. Lo que usted, con todo su cariño no había ni siquiera intentado.

Fernandita. ¿Me vas a decir que yo no la quiero?

Felipe. Le digo a usted cuanto la quiero yo. Fernandita, haga un supremo esfuerzo, y préstele a su espíritu para oírme ahora esa dulce y bondadosa calma que es su estado normal.

Fernandita. No debía, pero... Ya te oigo.

Felipe. Yo me voy hoy mismo de esta casa, donde dejo un amor... del que tal vez espero la transformación de mi vida. Me lo dice una palpitación no sentida nunca en mi pecho. Blanca la ha causado. Aquí queda ella, que al marcharse ahora me ha suplicado con los ojos. Algún día escribiré el poema de esa mirada. Usted ejerce sobre Blanca decisiva influencia: si usted le dice que me quiera, me querrá; si usted le dice que no lo merezco, aunque ella lo dude, procurará olvidarme. A su conciencia dejo lo que ha de decirle, sabiendo lo que Blanca puede ser para mí. No olvide usted que aun al hombre más pervertido, y yo no lo estoy, puede haber una mujer que lo salve.

Fernandita. Enternecida; inclinándose al convencimiento. Felipe...

Felipe. Esto es todo. Ahora buscaré a don Pascual y le pediré mil perdones.

Fernandita. Felipe... me haces vacilar, no te lo niego. ¡Qué sé yo!... No sé si es que el creerte me halaga en algo muy íntimo... muy de las entrañas, o que en rigor me dices verdad... En todo caso, de tu comportamiento dependerá el mío... Pero si lo que me has dicho fuera cierto y no un nuevo engaño, si tú hubieras hallado en Blanquita, y entre estas paredes de mi casa, la salvación de tu vida aventurera y sin juicio, ¿por quién crees tú que se cambiaría la consulesa de Alfaceque?...

Felipe. ¡La consulesa de Alfaceque!... ¡Cuánto le debo ya, Fernandita!... ¡Cuánto espero deberle aún!... ¿Quién, sino ella, con su perenne amor al rincón donde vió la luz, me ha inspirado, me ha dictado casi al oído, el poema que estoy escribiendo en mi encierro?

Fernandita. ¿Eh?

Felipe. ¡Alfaceque!

Fernandita. Temblorosa de pura emoción y alegría. ¿Alfaceque se titula tu poema?

Felipe. ¡Alfaqueque! ¡Y en la primera página irá el nombre de usted como blasón del libro!

Fernandita. ¡Felipe!

Felipe. Usted, Fernandita, sin darse cuenta de ello, canta ese poema en su vida... Ha bastado que un poeta viva al lado de usted para que tome forma... La primera tierra que pisaron nuestros pies vacilantes.. las primeras campanas que nos despertaron alegres... el azul del primer cielo que vieron nuestros ojos... el primer cementerio que nos dió miedo al pasar junto a él... En el amor de todo esto, en la íntima emoción con que lo evocamos, veo yo como el germen, como la condensación del amor más grande de la patria...

Fernandita. Pero ¿no me estás engañando, Felipillo?

Felipe. Señora, yo a usted no soy capaz de engañarla ya nunca... Rompe a declamar con fogoso entusiasmo, que electriza a la consulesa.

*Ni lo que fué me arredra, ni el porvenir me espanta;
no sé más que hacer versos, y pues que más no sé...*

Fernandita. ¿Así principia tu poema?

Felipe. Así.

*Mientras en pie me tenga, con voz en la garganta,
mis versos a mi patria y a Dios consagraré.*

Fernandita. ¡Qué bonito!

Felipe. Esto es de Zorrilla. Es el lema con que lo encabezo. El poema empieza de este modo:

*«Ni el esplendor de los palacios,
ni de los héroes las leyendas,
ni de los mares las borrascas,
ni de las cumbres la grandeza
canta hoy mi musa...*

¿Qué la atrae?

¿qué la cautiva? ¿qué la inquieta?

Busca un ensueño candoroso:

quiere un perfume de inocencia.

Camino va de aquellos huertos. .»

Sale por la puerta de la derecha BLANCA, curiosa. Fernandita, que es todo atención, le impide que hable.

Blanca. Fernandita...

Fernandita. Calla.

Blanca. ¿Qué?

Fernandita. Calla: escucha.

Felipe. «Camino va de aquella vega...
que mi niñez embelesaron;
donde soñó mi adolescencia...»

Por la misma puerta que Blanca llega súbitamente ADORACIÓN, la cual no puede reprimir su asombro ante el cuadro que halla.

Adoración. Ya estoy aquí, ya estoy aquí... ¿Eh?

Fernandita. ¡Déjate ahora!...

Felipe. ¡Ah! ¡Ésta ha sido la que me ha delatado!

Fernandita. ¡Sigue tú!

Adoración. Pero ¿qué ven mis ojos?

Fernandita. Ya te enterarás. ¡Sigue tú! A Blanca, que está absorta. No hables tú tampoco.

Felipe. Continuando su recitación.
«Pardo castillo que ruinoso
canta las glorias agarenas;
callado río cuyas aguas
sus carcomidas plantas besan...»

DON PASCUAL ha salido por la puerta de la izquierda y se ha quedado frío. Fernandita al verlo lo manda callar con un ademán, y le dice quedito estas tranquilizadoras palabras.

Fernandita. ¡Ssss!... ¡Es un canto a Alfaqueque!

Don Pascual. Santiguándose. ¡Hágase la voluntad de Dios!

Felipe, dueño ya del campo, sigue recitando sus versos. Fernandita y Blanca lo escuchan conmovidas; Adoración se pellizca porque cree que sueña; don Pascual sabe que está despierto.

Felipe. «Plaza que un tiempo fuiste heróica;
calles tranquilas y desiertas;
casas alegres, bellas casas
donde el amor clavó las rejas:

*no me paréis con vuestro encanto:
no me pidáis que me detenga:
voy a la casa en que he nacido...»*

Don Pascual. ¡Me parece muy bien!

Fernandita. Entre lágrimas. ¡Silencio!

Don Pascual. Dispensa, Fernandita.

Felipe. Volviendo a coger el hilo,

«No me paréis con vuestro encanto...»

En este instante acierta a asomar por la puerta de la izquierda la desengañada VIRGINIA, con más voz que se fué, pero todavía sin la suya.

Virginia. Don Pascuá...

Todos. Imponiéndole a una silencio, cada cual conforme a su humor y carácter. ¡SsssSchsss! Virginia queda sobrecogida. Felipe termina la interrumpida estrofa:

Felipe. *«...no me pidáis que me detenga:
voy a la casa en que he nacido,
donde hay un beso que me espera.*

*¡Santo rincón!... Yo, que ambiciono
patria más grande que la tierra,
me acojo a ti, como en el cielo
miro entre miles a una estrella.»*

Cae el telón interrumpiendo a Felipe, que parece dispuesto a recitar todo lo que lleva escrito de su poema.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Publicadas por la *Sociedad de Autores Españoles*:

- Esgrima y amor**, juguete cómico. (2.^a edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.^a edición.)
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (3.^a edición.)
La media naranja, juguete cómico. (3.^a edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (3.^a edición.)
El ojito derecho, entremés. (4.^a edición.)
La reja, comedia en un acto. (5.^a edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (7.^a edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.^a edición.)
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.^a edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.^a edición.)
El chiquillo, entremés. (7.^a edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico. (2.^a edición.)
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.^a edición.)
El patio, comedia en dos actos. (5.^a edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (3.^a edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí. (2.^a edición.)
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (4.^a edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.^a edición.)
La azotea, comedia en un acto. (2.^a edición.)
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (4.^a edición.)
Las flores, comedia en tres actos. (3.^a edición.)
Los piropos, entremés. (2.^a edición.)
El flechazo, entremés. (3.^a edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.^a edición.)
Abanicos y pañuelos o ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.^a edición.)
Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.^a edición.)
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés. (2.^a edición.)
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (3.^a edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros. (2.^a edición.)

- La zagala**, comedia en cuatro actos. (2.^a edición.)
- La casa de García**, comedia en tres actos.
- La contrata**, propósito.
- El amor que pasa**, comedia en dos actos. (2.^a edición.)
- El mal de amores**, sainete con música del maestro José Serrano
- El nuevo servidor**, humorada.
- Mañana de sol**, paso de comedia. (2.^a edición.)
- Fea y con gracia**, pasillo con música del maestro Turina.
- La aventura de los galeotes**, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
- La musa loca**, comedia en tres actos.
- La pitanza**, entremés.
- El amor en solfa**, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
- Los chorros del oro**, entremés. (2.^a edición.)
- Morritos**, entremés.
- Amor a oscuras**, paso de comedia.
- La mala sombra**, sainete con música del maestro José Serrano. (2.^a edición.)
- El genio alegre**, comedia en tres actos. (3.^a edición.)
- El niño prodigio**, comedia en dos actos.
- Nanita, nana...**, entremés con música del maestro José Serrano.
- La zancadilla**, entremés.
- La bella Lucerito**, entremés con música del maestro Saco del Valle.
- La patria chica**, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí. (2.^a edición.)
- La vida que vuelve**, comedia en dos actos.
- A la luz de la luna**, paso de comedia.
- La escondida senda**, comedia en dos actos.
- El agua milagrosa**, paso de comedia.
- Las buñoleras**, entremés.
- Las de Caín**, comedia en tres actos.
- Las mil maravillas**, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.
- Sangre gorda**, entremés.
- Amores y amoríos**, comedia en cuatro actos. (2.^a edición.)
- El patinillo**, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.
- Doña Clarines**, comedia en dos actos.
- El centenario**, comedia en tres actos.
- La muela del Rey Farfán**, zarzuela infantil, cómico-fantástica
Música del maestro Amadeo Vives.
- Herida de muerte**, paso de comedia.
- El último capítulo**, paso de comedia.
- La rima eterna**, comedia en dos actos, inspirada en una rima de Bécquer.
- La flor de la vida**, poema dramático en tres actos.
- Solico en el mundo**, entremés.
- Palomilla**, monólogo.
- Rosa y Rosita**, entremés.

El hombre que hace reír, monólogo.
Anita la Risueña, zarzuela cómica en dos actos. Música del maestro Amadeo Vives
Puebla de las Mujeres, comedia en dos actos.
Malvaloca, drama en tres actos.
Sábado sin sol, entremés con música del maestro Francisco Bravo.
Las hazañas de Juanillo el de Molares, apropósito.
Mundo, mundillo..., comedia en tres actos.
Fortunato, historia tragi-cómica en tres cuadros.
Nena Teruel, comedia en dos actos y un epílogo.
Sin palabras, comedia en un acto.
Hablando se entiende la gente, entremés.
El amor bandolero, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Bravo y Torres.
Los Leales, comedia en tres actos.
La consulesa, comedia en dos actos.
Chiquita y bonita, monólogo.
Polvorilla el corneta, monólogo.



Publicadas por la *Biblioteca Renacimiento*:

Comedias escogidas:

- I.—Los Galeotes.—El patio.—Las flores.
- II.—La zagala.—Pepita Reyes.—El genio alegre.
- III.—La dicha ajena.—El amor que pasa.—Las de Caín.
- IV.—La musa loca.—El niño prodigio.—Amores y amoríos.
- V y último.—La casa de García.—Doña Clarines.—El centenario.

En tomos sueltos:

La rima eterna, La flor de la vida, Puebla de las mujeres, Malvaloca, Mundo, mundillo..., Fortunato, Nena Teruel, Sin palabras, Los Leales y La consulesa.

En preparación:

De la tierra baja, cuentos andaluces.
Las aventuras de Tartajilla (Apuntes de un maestro de escuela), novela para niños.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El Diablo Ccejuelo*. Fernando Fe, Madrid.
Fiestas de amor y poesía, colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

- I fastidi della celebrità** (*La vida íntima*), por Giulio de Medici.
Il patio (El cortile sivigliano), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
I Galeoti (*Los Galeotes*), por el mismo.
La pena, por el mismo.
I fiori (*Las flores*), por el mismo.
La casa di Garcia, por Luigi Motta.
L'amore che passa, por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Mattina di sole (*Mañana de sol*), por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Amore al buio (*Amor a oscuras*), por Luigi Motta.
Anima allegra (*El genio alegre*), por Juan Fabrè y Oliver y Luigi Motta.
Al chiaro di luna (*A la luz de la luna*), por Luigi Motta.
Le fatiche di Ercole (*Las de Cain*), por Juan Fabrè y Oliver.
Donna Clarines, por Giulio de Frenzi. Adaptación veneciana de Gino Cucchetti con el título de *Siora Chiareta*.
Il centenario, por Franco Liberati.
L'ultimo capitolo, por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Il fiore della vita, por los mismos.
Malvaloca, por los mismos.
Ragnatele d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por Enrico Tedeschi. Adaptación veneciana de Carlo Monticelli con el título de *El paese de le done*.
La Zanze (*La zagala*), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Iettatura (*La mala sombra*), por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Anima malata (*Herida de muerte*), por los mismos.

AL ALEMÁN:

- Ein Sommerdyll in Sevilla** (*El patio*), por el Dr. Max Brausewetter.
Die Blumen (*Las flores*), por el mismo.
Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. Gustavo Rohde.
Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*), por el Dr. Max Brausewetter.
Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por Mary v. Haken.
Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. Max Brausewetter.

AL FRANCÉS:

- Matinée de soleil** (*Mañana de sol*), por V. Borzia.
La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por Georges Lafond y Albert Boucheron.

AL HOLANDES:

- De bloem van het leven** (*La flor de la vida*), por N. Smidt-Reineke.

AL PORTUGUÉS:

- O genio alegre**, por João Soller.

PRECIO: 1,50 PESETAS

**RARE BOOK
COLLECTION**



**THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL**

PQ6217
.T44
v.16
no.1-14

